
La Fierrecilla Domada

William Shakespeare

Texto núm. 3356

Título: La Fierrecilla Domada

Autor: William Shakespeare

Etiquetas: Teatro, comedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de marzo de 2018

Fecha de modificación: 9 de marzo de 2018

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Dramatis personae

Christopher SLY, calderero

Un SEÑOR

Una POSADERA

Un PAJE, llamado Bartolomé

COMEDIANTES

CAZADORES

CRIADOS

BATTISTA MINOLA, un caballero de Padua

CATALINA, su hija mayor, la fierecilla

BIANCA, su hija menor

PETRUCCIO, caballero de Verona, pretendiente de Catalina

LUCENZIO, enamorado de Bianca

VINCENZO, padre de Lucenzio, caballero de Pisa

GREMIO, un viejo pretendiente de Bianca

HORTENSIO, amigo de Petruccio y pretendiente de Bianca

TRANIO, criado de Lucenzio

BIONDELLO, muchacho al servicio de Lucenzio

GRUMIO, criado de Petruccio

CURZIO, criado de Petruccio

UN PROFESOR

UNA VIUDA

UN MERCERO

CRIADOS de Petruccio y Battista

Prólogo

Escena i

Entran Christopher SLY y la POSADERA.

SLY. ¡Ya te ajustaré las cuentas!

POSADERA. ¡Un par de cepos, desgraciado!

SLY. Eres una cualquiera. Los Sly no somos gentecilla. Consulta las crónicas. Llegamos aquí con Ricardo el Conquistador, así que, *paucas palabris*, deja que ruede el mundo y cállate.

POSADERA. ¿No vas a pagar los vasos que rompiste?

SLY. No, ni un centavo. Vete, por San Jerónimo; vete a tu fría cama y caliéntate

POSADERA. Ya conozco el remedio: iré a buscar al guardia.

[*Sale.*]

SLY. El guardia más vale que se guarde. Le responderé con la ley en la mano. No voy a ceder ni una pulgada, muchacho. Que venga, por todos los santos.

Se duerme. Cuernos de caza. Entra un SEÑOR que viene de cazar, con su séquito.

SEÑOR.

Cazador, cuida bien a mis lebreles,
Alegre, el pobre galgo, está exhausto y babea.
Empareja a la perra con Nublado.
¿Te has fijado lo bien que se ha portado Plata
cuando los otros perdieron el rastro?
No querría perderlo ni por veinte libras.

CAZADOR 1.º.

Pues Campanero es tan bueno como él, señor.

Ladraba cuando el rastro se perdía.
Y hoy, aunque débil, lo volvió a encontrar.
Estoy seguro de que este es el mejor.

SEÑOR.

¡Qué tonto eres! Si Eco fuera tan rápido,
valdría más que doce Campaneros.
Pero dales comida y cuídalos bien,
porque mañana volveré a cazar.

CAZADOR 1º. Así lo haré, señor.

SEÑOR. ¿Quién es este, un muerto o un borracho? ¿Respira?

CAZADOR 1º.

Sí respira, señor. Si no se hubiera calentado de cerveza,
no dormiría tanto en una cama fría.

SEÑOR.

¡Monstruosa bestia! Yace como si fuera un cerdo
¡Lúgubre muerte, tu imagen es inmunda y repulsiva!
Señores, gastaré una broma a este borracho.
¿Lo cambiamos de cama y lo envolvemos
con ropas perfumadas, anillos en los dedos,
un opíparo manjar junto a la cama
y criados elegantes que le sirvan?
¿No perdería la cabeza este mendigo?

CAZADOR 1º. Señor, a la fuerza.

CAZADOR 2º. Sería un despertar maravilloso.

SEÑOR.

Sí, como un sueño adulator, como una fantasía.
Levantadlo y preparad bien la broma.
Llevaldo con cuidado a mi mejor habitación
y colgad en ella mis cuadros más vivaces.
Bañadle la cabeza con esencias fragantes,
quemad madera aromática que perfume el aire,
tened música a punto para cuando despierte,
que sea dulce y suene a celestial.

Cuando comience a hablar, acudid enseguida y, con una profunda y sumisa reverencia, decid: «¿Qué ordena Vuestra Señoría?». Y que alguien le sirva agua de rosas en jofaina de plata, esparcida de pétalos; y que otro lleve el jarro, y un tercero una toalla, diciéndole: «¿Queréis refrescaros las manos, señor?» Que alguien prepare un traje señorial y le pregunte cómo desea vestirse; que otro le hable de sus caballos y sus perros, de que a su esposa le entristece su dolencia, y convencedle de que ha estado loco; si dice que lo está, insistidle en que sueña, porque no es otra cosa que un señor poderoso. Hacedlo, gentiles señores, y hacedlo con tacto. Será una diversión de lo más excelente, si lo hacéis con cuidado.

CAZADOR 1.º.

Señor, os garantizo que sabremos actuar, y con tal diligencia que él creerá que no es menos de lo que le diremos.

SEÑOR.

Lleváoslo con cuidado y a la cama con él. Y cuando se despierte, cada uno a su cometido.

[*Se llevan a SLY.*] *Clarines.*

Tú, ve a ver qué es ese clarín.

[*Sale un CRIADO.*]

Quizás algún noble caballero que desea descansar de su viaje y reposar aquí.

Entra un CRIADO.

¿Qué hay? ¿Quién es?

CRIADO.

Con la venia, señor, son comediantes
que ofrecen sus servicios a Vuestra Señoría.

Entran los COMEDIANTES.

SEÑOR. Diles que se acerquen.— Bienvenidos, amigos.

COMEDIANTES. Os damos las gracias, señor.

SEÑOR. ¿Pensáis quedaros aquí esta noche?

COMEDIANTE 1º. Señor, si os place aceptar nuestros servicios.

SEÑOR.

De todo corazón.—Me acuerdo de este mozo,
porque una vez hizo de hijo de un granjero.—
Lo hiciste muy bien cortejando a la dama.
He olvidado tu nombre, pero ese papel
te venía muy bien y te quedó perfecto.

COMEDIANTE 1º. Vuestra Señoría se refiere a Soto.

SEÑOR.

Exacto, lo hiciste muy bien. Bueno,
habéis llegado en un momento afortunado,
porque llevo entre manos una broma
en la cual vuestro oficio me ayudaría mucho.
Tengo aquí a un señor que esta noche verá la obra,
pero no estoy seguro de vuestra discreción,
no sea que al observar su extraña conducta
(puesto que el señor nunca ha visto una obra)
estalléis de la risa y le ofendáis.
Porque debo decíroslo: una sola sonrisa
y se enfada muchísimo.

COMEDIANTE 1º.

No os preocupéis, señor. Sabremos contenernos,
aunque sea el tipo más estafalarío.

SEÑOR.

Tú, acompáñalos a la despensa,
y dale a cada uno la mejor bienvenida;

y de lo que haya en casa, que no les falte nada.

Sale un CRIADO con los COMEDIANTES.

Tú, ve a buscar a mi paje Bartolo.
Haz que se vista de mujer, con todos los detalles;
después lo llevas a la alcoba del borracho;
y llámale «señora», muéstrale obediencia,
y dile de mi parte que tendrá mi afecto
si su conducta es honorable, igual
que la que él ha observado que adoptan
las damas nobles al tratar con sus maridos.
Que se comporte así con el borracho,
que le hable en voz baja, sea humilde
y le diga: «¿Qué ordena Vuestra Señoría?
¿Cómo puede mostrar vuestra humilde señora
y esposa su obediencia y su amor?»
Luego con tiernos abrazos y besos tentadores
y la cabeza reclinada en su pecho,
que le inunde de lágrimas de dicha
porque su noble esposo ha recobrado la salud,
después de pasar siete años creyendo
que no era más que un pobre mendigo repugnante.
Si mi paje carece del don de las mujeres
y a voluntad no puede derramar
una lluvia de lágrimas, para esto
le servirá muy bien una cebolla;
que se la esconda en un pañuelo
y, aunque no quiera, llorará. Procura
que se haga esto a toda prisa y luego
ya te daré más instrucciones.

Sale un CRIADO.

Sé muy bien que el muchacho sabrá usurpar el garbo,
la voz, el aire, el gesto de una dama.
Estoy deseando oírle llamar «esposo» al borracho,
y ver a mis criados conteniendo la risa
al rendir homenaje a este palurdo.
Voy a darles consejos; si estoy allí presente
podré refrenar la explosión de risa

que, de otra manera, sería excesiva.

[*Salen.*]

Escena ii

Entran arriba el borracho [Sly] con CRIADOS, algunos con una jofaina, un jarro y otros utensilios, y el SEÑOR.

SLY. Por el amor de Dios, un vaso de cerveza.

CRIADO 1º. ¿Desea Vuestra Señoría una copa de jerez?

CRIADO 2º. ¿Os place probar estas conservas?

CRIADO 3º. ¿Qué traje desea ponerse hoy Su Excelencia?

SLY. Soy Christopher Sly. No me llaméis «señoría» ni «excelencia». En mi vida he probado el jerez y, si queréis darme conservas, dádmelas de carne. No me preguntéis más qué traje quiero ponerme, porque no tengo más jubón que espalda, ni más calzas que piernas — y a veces más pies que zapatos, y zapatos en los que los dedos de los pies me asoman por la punta.

SEÑOR.

Quiera el cielo poner fin a estos arrebatos.
¡Que un hombre poderoso y de alta estirpe,
tan rico y de tan gran reputación
se vea poseído por un humor tan vil!

SLY. ¿Queréis volverme loco? ¿Acaso no soy Christopher Sly de Burtonheath, buhonero de nacimiento, cardero de formación, guardaosos por transmutación y ahora, calderero de profesión? Preguntad a Marian Hacket, la gorda tabernera de Wincot, que me conoce bien. Si no me ha cargado en cuenta catorce peniques de cerveza, contadme como el más vil embustero de la cristiandad. ¡No, no me he vuelto loco! Aquí...

CRIADO 3º. ¡Ah, por esta causa se lamenta vuestra esposa!

CRIADO 2º. ¡Ah, por esta causa se entristecen vuestros criados!

SEÑOR

.
De ahí que los vuestros rehúyan vuestra casa,
afectados por vuestra enfermedad.
Noble señor, pensad en vuestra estirpe,
haced que vuestros pensamientos vuelvan del exilio
y desterrad esos delirios abyectos e innobles.
Mirad cómo os sirven vuestros criados,
a una señal de vuestra mano siempre atentos.
¿Queréis música? Escuchad: Apolo toca

Música.

y cantan en su jaula veinte ruiseñores.
¿O preferís dormir? Os llevaremos a una cama
más dulce y suave que el lúbrico lecho de Semíramis.
Si queréis pasear, esparciremos flores por el suelo.
¿O queréis cabalgar? Enjaezaremos
vuestros caballos con gualdrapas de oro y perlas.
¿Os gusta la cetrería? Vuestros halcones volarán
más alto que la alondra. ¿Queréis cazar?
Vuestros perros harán que resuene el firmamento:
arrancarán ecos estridentes de la hueca tierra.

CRIADO 1.º.

Y si queréis cazar liebres, tenéis galgos
más veloces que el ciervo y más ligeros que el corzo.

CRIADO 2.º.

¿Os gusta la pintura? Al punto os traeremos
a Adonis retratado a orillas de un arroyo,
y a Citerea escondida entre juncos,
que parecen moverse y retozar con su aliento,
como se agitan los juncos al soplar la brisa.

SEÑOR.

Os mostraremos a Ío cuando aún era virgen,
y cómo fue engañada y agredida,
pintada tan al vivo como cuando sucedió.

CRIADO 3.º.

O a Dafne paseando por un bosque espinoso,

con las piernas arañadas, que veríais sangrando
y, contemplándolo, llora el triste Apolo:
con tal arte lucen sangre y lágrimas.

SEÑOR.

Sois un señor, ni más ni menos que un señor.
Y tenéis una esposa mucho más hermosa
que cualquier otra en estos tiempos decadentes.

CRIADO 1.º.

Y antes de derramar este torrente
de lágrimas que por vos inundaron su rostro,
era la criatura más bella de este mundo,
y ni aun ahora es inferior a la más bella.

SLY.

¿Soy un señor? ¿Tengo una esposa así?
¿Estoy soñando? ¿O he soñado hasta ahora?
No, no duermo. Veo, oigo y hablo,
huelo fragantes perfumes, y toco cosas suaves.
Sí, por mi vida que soy un gran señor,
no un calderero, ni Christopher Sly.
Bueno, traedme aquí a mi esposa.
Y una vez más, un vaso de cerveza.

CRIADO 2.º.

¿Place a Vuestra Potestad lavarse las manos?
¡Qué alegría ver restablecido vuestro juicio
y que otra vez reconozcáis quién sois!
¡Quince años soñando! Y cuando despertabais
lo hacíais como si durmierais.

SLY.

¡Quince años! A fe que es una buena siesta.
¿Y en todos estos años no dije una palabra?

CRIADO 1.º.

¡Ah, sí, señor! Pero solo palabras vanas,
pues, aunque estabais en esta habitación,
decíais que os habían echado a palos,
y renegabais de una posadera;

decíais que la llevaríais a juicio
porque os traía potes de barro y no jarras medidas,
y a veces llamabais a gritos a Cecilia Hacket.

SLY. Sí, la moza de la taberna.

CRIADO 3.º.

Señor, no conocéis ni tabernera ni taberna
ni a ningún hombre de los que llamabais,
como Esteban Sly y un viejo Juan Naps de Grecia,
Pedro Turf o Enrique Pimpernell
y a veinte más de nombres parecidos
que nunca existieron ni jamás ha visto nadie.

SLY. Doy gracias a Dios por haberme sanado.

TODOS. Amén.

Entra [el PAJE vestido de] dama, con acompañamiento.

[Traen a SLY una jarra de cerveza.]

SLY. Gracias por esto. No saldrás perdiendo.

PAJE. ¿Cómo está mi noble señor?

SLY. Muy bien. Aquí hay hospitalidad. ¿Dónde está mi esposa?

PAJE. Aquí, noble señor. ¿Qué queréis de ella?

SLY.

¿Eres mi mujer y no me llamas marido?
Los criados me llaman señor; soy tu esposo.

PAJE.

Mi esposo y señor; mi señor y esposo.
Yo soy tu obediente esposa.

SLY. Lo sé muy bien.— ¿Cómo tengo que llamarla?

SEÑOR. «Señora.»

SLY. ¿«Señora Alicia» o «señora Juana»?

SEÑOR. Solo «señora», es como un noble llama a su esposa.

SLY.

Señora esposa, dicen que he estado durmiendo y soñando durante al menos quince años.

PAJE.

A mí esos años me parecen treinta, estando tanto tiempo separada de tu lecho.

SLY.

Es demasiado.— Criados, dejadnos solos.

[*Salen los CRIADOS.*]

Desnúdate, señora. Ven conmigo a la cama.

PAJE.

Señor tres veces noble, permíteme rogarte que esperes por lo menos una noche o dos, o hasta que el sol se ponga. Tus médicos me han advertido claramente del peligro de recaer en tu dolencia si no me alejo de tu lecho. Espero que no seas muy duro con mis razones.

SLY. Más duro no podría estar tanto tiempo. Pero no soportaría volver a caer en sueños, así que me aguantaré, a pesar de la carne y de la sangre.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO.

Señor, vuestros cómicos, al saberos curado, vienen a representar una alegre comedia, ya que vuestros médicos lo estiman oportuno, tras ver que tanta tristeza os congeló la sangre. Y la melancolía es la nodriza del delirio. Por eso os recomiendan que veáis una comedia y os adaptéis a la alegría y al contento, que evitan tantos males y alargan nuestra vida.

SLY. Muy bien, la veré; que actúen. Una *encomedia*, ¿no es como una

fiesta de Navidad o una función de saltimbanquis?

PAJE. No, buen señor, es objeto más ameno.

SLY. ¿Un objeto doméstico?

PAJE. Es una especie de historia.

SLY. ¡Venga, pues, a verla! Ven, señora esposa, siéntate a mi lado; que ruede el mundo. Más jóvenes que ahora no lo seremos nunca.

[*Se sientan.*] *Clarines.*

Acto I

Escena i

Entran LUCENZIO y su criado TRANIO.

LUCENZIO.

Tranio, mi leal servidor, tan fiel en todo,
debido al gran deseo que tenía
de ver la bella Padua, cuna de las artes,
he llegado a la fértil Lombardía,
un ameno jardín de la grandiosa Italia
y, como gracias al amable permiso de mi padre
ya tengo su consentimiento y tu amistad,
descansemos aquí y organicemos
un cursillo de sabia erudición.
Pisa, famosa por sus doctos ciudadanos,
me vio nacer a mí y a Vincenzo, mi padre,
mercader que comercia a gran escala;
es descendiente de los Bentivoglio.
Y el hijo de Vincenzo, educado en Florencia,
llamado a realizar las esperanzas en él puestas,
debe añadir a su fortuna acciones virtuosas,
y así, pues, Tranio, mientras me dedico al estudio,
debo aplicarme a la virtud y también a la parte
de la filosofía que nos instruye sobre la felicidad
que se consigue practicando la virtud.
Dime qué piensas, Tranio, porque he dejado Pisa
para venir a Padua como quien se va
de aguas someras para sumergirse en el océano
y así calmar su ardiente sed.

TRANIO.

Mi perdonate, buen amo: comparto vuestra decisión y estoy contento
de que sigáis en la resolución de degustar
las dulzuras de la dulce filosofía; pero os lo ruego: no seamos ni estoicos
ni estóolidos,
ni tan fieles a las restricciones de Aristóteles

como para tratar a Ovidio de proscrito.
Ejercitad la lógica según vuestra experiencia,
practicad la retórica en la conversación diaria,
usad música y poesía para estimularos;
probad las matemáticas y la metafísica
si es que apetece a vuestro estómago;
donde el placer no existe no hay provecho.
En resumen, señor: estudiad lo que os dé placer.

LUCENZIO.

Mil gracias, Tranio; me aconsejas bien.
Si Biondello estuviera en tierra firme,
ya podríamos estar preparados
para buscar alojamiento y recibir a los amigos
que a su tiempo, Padua, ha de ofrecernos.
Pero, aguarda, ¿qué es todo ese grupo?

TRANIO.

Señor, alguna forma de darnos la bienvenida.

Entra BATTISTA con sus dos hijas, CATALINA y BIANCA; GREMIO, un viejo, y HORTENSIO, pretendiente de BIANCA. LUCENZIO y TRANIO se quedan a un lado.

BATTISTA.

No insistáis más, señores;
ya conocéis mi firme decisión,
que es no casar a mi hija más joven
si no tengo un marido para la mayor.
Si alguno de vosotros ama a Catalina,
porque os conozco bien y os quiero bien,
tendrá permiso para cortejarla a su gusto.

GREMIO.

Para cortarla a pedazos. Es muy bruta para mí.
A ver, Hortensio, ¿tú quieres una esposa?

CATALINA. [a BATTISTA]

Os lo ruego, señor, ¿acaso deseáis
convertirme en un cebo de maridos?

HORTENSIO.

¿De maridos, señora? ¿Qué significa eso?
No los tendréis, si no sois más amable y más gentil.

CATALINA.

A fe, señor, no hay nada que temer:
casarme está muy lejos de mi ánimo
y, si estuviera cerca, yo ya me cuidaría
de peinaros la chola con un buen taburete,
arañaros la cara y trataros como a un tonto.

HORTENSIO. ¡Dios me libre de diablos semejantes!

GREMIO. ¡Y a mí también, señor!

TRANIO.

¡Chiss, amo! Aquí hay un pasatiempo de primera.
La moza está chiflada o es muy bruta.

LUCENZIO.

Pero yo veo en el silencio de la otra
la contención y la modestia de una virgen. Cállate, Tranio.

TRANIO.

Bien dicho, mi amo. A callar, y los ojos abiertos.

BATTISTA.

Caballeros, para que pronto se haga realidad
lo que os he dicho, Bianca, entra en casa.
No lo tomes a mal, querida Bianca,
que no por eso te querré menos, hija mía.

CATALINA.

La gatita mimada. Si encontrara motivo,
se pondría a llorar ahora.

BIANCA.

Conténtate, hermana, con mi descontento.
Señor, humildemente, me someto a vuestra voluntad.
Mis libros e instrumentos serán mi compañía;
con ellos leeré y practicaré yo sola.

LUCENZIO. Escucha Tranio, que habla Minerva.

HORTENSIO.

Señor Battista, muy distante os mostráis.
Siento que nuestras buenas intenciones
causen dolor a Bianca.

GREMIO.

¿Y por qué la encerráis, señor Battista?
¿Para darle placer a ese demonio,
le hacéis pagar a ella por la lengua de la otra?

BATTISTA.

Calma, caballeros. Está decidido.—
Adentro, Bianca.

[*Sale* BIANCA.]

Como conozco su gran afición
a la música, los instrumentos y la poesía,
quiero que vengan a mi casa maestros capaces
de instruir su juventud. Si vos, Hortensio,
o vos, Gremio, conocéis a algunos,
recomendadlos, porque yo, con los sabios,
soy siempre muy amable, y seré generoso
en la buena crianza de mis hijas.
Que os vaya bien. Tú, Catalina, quédate,
pues he de hablar un poco más con Bianca.

Sale.

CATALINA. Bueno, supongo que yo también me puedo ir, ¿no? ¿O es que me someten a un horario, como si no supiera lo que quiero y lo que no quiero, eh?

Sale.

GREMIO. Vete con la madre del diablo. Tus cualidades son tan buenas que nadie te quiere.— Su amor no es gran cosa, Hortensio; es tan escaso que nos deja a los dos esperando y aguantando bien. Nuestro pastel aún está frío. Adiós. Con todo, por el amor que siento por la dulce Bianca, si de

algún modo consigo encontrar a un hombre adecuado para darle clase de lo que a ella le guste, se lo mandaré a su padre.

HORTENSIO. Yo también, *signior* Gremio, pero dejadme decir algo: aunque la naturaleza de nuestra rivalidad no admita negociación, sabed que, pensándolo bien, para tener acceso a nuestra bella muchacha y ser felices rivales en el amor de Bianca, nos esforzamos para conseguir una cosa.

GREMIO. Dime cuál, te lo ruego.

HORTENSIO. ¡Pardiez, señor! Encontrarle un marido a su hermana.

GREMIO. ¿Un marido? ¡Un demonio!

HORTENSIO. He dicho un marido.

GREMIO. Y yo he dicho un demonio. ¿Tú crees, Hortensio, que, porque su padre sea rico, hay hombres tan tontos como para casarse con el infierno?

HORTENSIO. ¡Bah, Gremio! Aunque soportar sus gritos sobrepase mi paciencia y la vuestra, mirad, en el mundo hay buena gente si podemos encontrar a alguien que la acepte con todos sus defectos y dinero.

GREMIO. No sé. Yo preferiría aceptar su dote con esta condición: que me azotaran cada mañana en la plaza del mercado.

HORTENSIO. Sí, como decís, poco se puede elegir entre manzanas podridas. Pero mirad: ya que este impedimento legal nos hace amigos, seamos amigos hasta que, después de ayudar a encontrar marido a la hija mayor de Battista, dejemos a la menor para encontrar marido, y después volvemos a luchar. ¡Dulce Bianca! Feliz quien te gane. Que se quede el anillo quien corra más rápido. ¿Estáis de acuerdo, *signior* Gremio?

GREMIO. De acuerdo, sí. Daré mi mejor caballo a quien, en Padua, empiece a cortejar a la mayor, la corteje hasta el final, la despose, la encame y libre de ella a la casa. ¡Vamos!

Salen GREMIO y HORTENSIO. TRANIO y LUCENZIO *se quedan*.

TRANIO.

Os lo ruego, señor, decidme si es posible

que el amor de repente tenga tanta fuerza.

LUCENZIO.

Ah, Tranio, hasta que vi que era verdad,
nunca creí que fuera posible ni probable.
Escucha, mientras yo, indolente, la miraba
sentí en mi indolencia los efectos del amor.
Y ahora, con franqueza te confieso
a ti, que eres tan íntimo y querido,
como lo fue Ana para la reina de Cartago,
que ardo, me consumo y muero por ganar,
buen Tranio, el amor de esta chica tan modesta.
Aconséjame, Tranio; sé que puedes;
ayúdame, Tranio; sé que lo harás.

TRANIO.

Amo, no es el momento de reñiros.
Los reproches no ahuyentan el afecto.
Si el amor os ha herido, os queda este remedio:
Redime te captum quam quaeas minimo.

LUCENZIO.

Gracias muchacho, sigue. Lo que has dicho me gusta.
El resto me dará consuelo, porque aconsejas bien.

TRANIO.

Mirasteis tanto tiempo a la muchacha,
que quizás no notasteis el meollo del asunto.

LUCENZIO.

¡Ah, sí! Vi la dulce belleza de su rostro,
como la de la hija de Agenor,
ante cuya mano se humilló el gran Júpiter
cuando sus rodillas besaban la playa de Creta.

TRANIO.

¿No visteis nada más? ¿No visteis que su hermana
renegaba y levantaba una tormenta cuyo estruendo
no puede soportar ningún oído humano?

LUCENZIO.

Tranio, vi cómo se movían sus labios de coral
y cómo su aliento perfumaba el aire.
Todo lo que vi en ella era dulce y sagrado.

TRANIO.

Pues ya es hora de sacarle de su trance.
Despertad, os lo ruego, señor. Si la amáis,
agudizad el pensamiento y el ingenio por ganarla.
Oíd: su hermana mayor es una fiera tan áspera
que hasta que su padre no se libre de ella,
vuestro amor tendrá que mantenerse virgen.
Por eso el padre ha recluido a la menor:
para que no la moleste pretendiente alguno.

LUCENZIO.

¡Tranio, qué padre más cruel!
Pero, ¿no te has fijado en cómo se preocupaba
por darle buenos maestros que la instruyan?

TRANIO. ¡Claro que sí! Y yo tengo un plan.

LUCENZIO. Y yo, Tranio.

TRANIO.

Pues, señor, por mi mano
que ambos planes van a coincidir.

LUCENZIO. Primero dime el tuyo.

TRANIO.

Vos seréis su maestro
y os encargáis de dar clase a la doncella.
Será vuestro recurso.

LUCENZIO. De acuerdo, pero ¿es factible?

TRANIO.

No, porque ¿quién hará vuestro papel,
aquí, en Padua, el del hijo de Vincenzo,
y tener casa y estudiar, y recibir amigos,
y ver a sus paisanos, convidarlos?

LUCENZIO.

¡Basta! Y tranquilo, que ya lo he pensado.
Aún nadie nos ha visto en ningún sitio.
Y no se puede distinguir por nuestras caras
al amo y al criado, así que escucha: tú
serás el amo, Tranio. Harás mi papel,
tendrás casa, criados y mi género de vida.
Yo seré un florentino, un napolitano
o un pobretón de Pisa. Está incubado
y así se hará. Cámbiate, Tranio,
ponte mi capa y mi sombrero de colores.
Cuando llegue Biondello, será tu criado.
Ya le convenceré que no suelte la lengua.

[*Se cambian los trajes.*]

TRANIO.

Tenéis que hacerlo, sí.
Resumiendo, señor, si es vuestra voluntad,
y yo he de obedeceros —pues vuestro padre,
cuando nos íbamos, me dijo:
«Sé servicial con mi hijo», aunque seguro
que lo diría en un sentido diferente—,
me gusta ser Lucenzio, por lo mucho
que yo quiero a Lucenzio.

LUCENZIO.

Así sea, Tranio, porque Lucenzio ama.
Sea yo criado para conquistar
a la que ha cautivado mis ojos con su imagen.

Entra BIONDELLO.

Ahí está ese truhán. ¡Eh, tú! ¿Dónde has estado?

BIONDELLO. ¿Que dónde he estado? ¿Y vosotros dónde estáis? Amo,
¿os ha robado la ropa mi compadre Tranio? ¿O vos la suya? ¿O ambas
cosas? Decidme qué pasa.

LUCENZIO.

Ven aquí, tú. No son momentos para bromas.
Ajusta tu conducta a la ocasión.
Para salvar mi vida, tu compañero Tranio
se ha puesto mi traje y asume mi papel.
Y yo los suyos, para poder huir,
porque tras mi llegada, en una riña
maté a un hombre y creo que me vieron.
Tú sírvele, como procede, te lo ordeno,
y yo, para salvar mi vida, huiré de aquí.
¿Me has entendido bien?

BIONDELLO. ¿Yo, señor? Ni pizca.

LUCENZIO.

Y sobre todo, nada de mencionar a Tranio.
Tranio se ha transformado ya en Lucenzio.

BIONDELLO. ¡Dichoso él! ¡Ojalá pudiera yo!

TRANIO.

Y ojalá se cumplieran los deseos, muchacho,
y Lucenzio ganara a la hija menor.
No por mí, sino por él, te advierto
que debes ser prudente con quien sea.
Si estamos solos, para ti soy Tranio;
y si no, tu señor Lucenzio.

LUCENZIO. Vámonos, Tranio. Todavía te queda algo por hacer: entrar a formar parte de los pretendientes. Si me preguntas por qué, bástete saber que mis razones son buenas y poderosas.

Salen.

Hablan los personajes del Prólogo.

CRIADO 1º. Señor, dais cabezadas. No seguís la obra.

SLY.

Sí, por Santa Ana, y buena historia, ya lo creo.
¿Queda mucho?

PAJE. Señor, no ha hecho más que empezar.

SLY.

Un trabajo excelente, señora mía.
Ojalá hubiera acabado.

Se sientan y miran

I.ii *Entran* PETRUCCIO *y su criado* GRUMIO.

PETRUCCIO.

Te digo adiós, Verona, por un tiempo,
para ver a mis amigos de Padua,
en especial a mi querido Hortensio.
Creo que esta es su casa. ¡Eh, tú, Grumio!
¡Golpea aquí!

GRUMIO. ¿Que golpee? ¿A quién golpeo? ¿Hay alguien que os haya
injuriciado?

PETRUCCIO. ¡Quiero que des un golpe ahí, granuja!

GRUMIO. ¿Que os de un golpe ahí, señor? Pero, señor, ¿quién soy yo
para daros un golpe ahí?

PETRUCCIO.

Granuja, dale un golpe a ese portal
o golpearé tu cabeza, truhán.

GRUMIO.

Pelea quiere mi amo. Si doy primero yo,
seguro que después me llega lo peor.

PETRUCCIO.

Si no lo haces, truhán, te juro que te pego.
A ver si de una vez aprendes tú solfeo.

Le da un tirón de orejas.

GRUMIO. ¡Socorro, señores, socorro! ¡Mi amo está loco!

PETRUCCIO. Golpea la puerta cuando te lo mando, granuja.

Entra

HORTENSIO.

HORTENSIO. ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¡Mi viejo amigo Grumio y mi buen amigo Petruccio! ¿Cómo te van las cosas en Verona?

PETRUCCIO.

Veo que traes la paz, Hortensio, amigo.
Con tutto il cuore, ben trovato, digo.

HORTENSIO. *Alla nostra casa benvenuto, molto honorato signor mio Petruccio.* Levántate, Grumio, levántate. Ya arreglaremos esto.

GRUMIO. No me importa, señor, lo que él pueda decir en latín. Si eso no es un motivo legal para dejar su servicio... Mirad, señor: me ha pedido que le diera un golpe y que pegara fuerte, señor. ¡Vaya! ¿Habría estado bien que un criado tratara así a su amo, sobre todo cuando, por lo visto, él no está bien de la cabeza?.

¡Ojalá que lo hubiera golpeado!
Ahora no estaría en tal estado.

PETRUCCIO.

¡Ah, granuja insensato! Buen Hortensio, a este bribón le dije que llamara a la puerta y, por más que insistí, no pude conseguirlo.

GRUMIO. ¿Que llamara a la puerta? ¡Cielo santo! ¿Acaso no dijisteis «¡Golpea aquí! ¡Quiero que des un golpe ahí!»? ¿Y ahora me salís con llamar a la puerta?

PETRUCCIO. Vete, bribón, o cállate. Es un consejo.

HORTENSIO.

Calma, Petruccio. Yo respondo por Grumio.
Bueno, es un asunto triste entre tú y él,
tu viejo, fiel y alegre criado Grumio.
Y ahora, dime, buen amigo, ¿qué venturoso viento te trae a Padua desde la vieja Verona?

PETRUCCIO.

El viento que por todo el mundo
dispersa a los jóvenes para buscar fortuna

lejos de casa, donde la experiencia crece poco.
En resumen, Hortensio, por lo que a mí respecta:
Antonio, mi padre, murió. Yo me he lanzado
al laberinto de la vida para quizá casarme
y hacer tanta fortuna como pueda.
Tengo coronas en mi bolsa y bienes en mi tierra,
que dejo atrás solo para ver mundo.

HORTENSIO.

Petruccio, entonces, ¿puedo serte sincero
y proponerte por esposa a una fiera malcarada,
de mal carácter y furiosa?
No vas a agradecerme este consejo;
sin embargo, te puedo asegurar que es rica
y mucho, pero tú eres muy amigo mío.
Y no te la deseo.

PETRUCCIO.

Signior Hortensio, entre amigos como nosotros,
pocas palabras bastan. Por tanto, si conoces a una rica
para que sea la esposa de Petruccio
—como el oro acompaña a mi canción de amor—,
aunque fuese tan fea como la amada de Florencio,
y vieja como la Sibila, áspera como Jantipa
la esposa de Sócrates, y tan fiera o peor,
me daría lo mismo, o por lo menos
no embotaría el filo de mi afecto,
aunque fuera tan brava como el mar Adriático.
Vengo en busca de esposa rica en Padua.
Si la encuentro, seré feliz en Padua.

GRUMIO. Ya veis, señor: os dice claramente lo que piensa. Dadle bastante oro y lo podréis casar con un monigote o con una vieja sin dientes, aunque tenga tantas enfermedades como cincuenta y dos caballos. Bueno, nada le viene mal si trae dinero.

HORTENSIO.

Petruccio, llegados a este punto,
seguiré con lo que he dicho bromeando.
Puedo ayudarte a encontrar una esposa
con bastante dinero, bella y joven,

educada como una noble dama.
Su único defecto, que no es poco,
es que es intolerablemente áspera,
tan fiera y tan desmesurada
que aunque yo estuviera mal de fondos,
no la querría ni por una mina de oro.

PETRUCCIO.

Calla, Hortensio: lo que hace el oro no lo sabes.
Dime el nombre del padre, nada más,
y yo la abordaré, por más que ruja
como el trueno que estalla entre nubes de otoño.

HORTENSIO.

Su padre es Battista Minola,
un caballero afable y muy cortés;
y la hija se llama Catalina Minola,
famosa en Padua por su lengua viperina.

PETRUCCIO.

Conozco al padre, pero a ella, no;
él conocía bien a mi difunto padre.
No dormiré hasta verla, Hortensio;
así que oso decirte que ahora mismo te dejo
si no vienes conmigo hasta su casa.

GRUMIO. [a HORTENSIO] Dejadlo, os lo ruego, si él no cambia de humor.
Palabra que si ella lo conociera tan bien como yo, entendería que reñirle
no sirve de nada. Que le llame diez veces canalla; no le afectará. Bueno,
y, como él empieza, le echará encima sus *retólicas*. Escuchad: con que
ella se le encare un poco, él le lanzará una figura que la dejará tan
desfigurada que no tendrá más ojos que un gato. Vos no lo conocéis,
señor.

HORTENSIO.

Petruccio, espera: te acompaño,
porque Battista guarda mi tesoro;
en su poder tiene la joya de mi vida:
su hija menor, la bella Bianca, que él aleja
tanto de mí como de otros pretendientes,
rivales de mi amor, ya que cree imposible

encontrarle un esposo a Catalina
por los defectos que os he expuesto,
así que Battista ha dado orden
de que nadie tenga acceso a Bianca
hasta que encuentre esposo la fiera Catalina.

GRUMIO.

¡La fiera Catalina, mi señor!
Para una tal doncella no hay título peor.

HORTENSIO.

Y ahora hazme un favor, mi buen Petruccio:
preséntame al viejo Battista Minola,
disfrazado de serio maestro de música
para instruir a Bianca. Por lo menos así
tendré ocasión de enamorarla
y sin sospechas cortejarla a solas.

Entran GREMIO y LUCENZIO, disfrazados.

GRUMIO. ¡Aquí no hay trampa...! Fijaos en cómo los jóvenes se juntan
para engañar a los viejos. ¡Señor, señor, mirad! ¿Quién viene ahí, eh?

HORTENSIO.

Cállate, Grumio; ese es mi rival de amores.—
Hazte a un lado, Petruccio.

GRUMIO.

¡Un bello pimpollo enamorado!

[*Se apartan.*]

GREMIO.

Ah, pues, muy bien. Ya examiné la lista.
Escuchadme, señor, los quiero bien encuadernados.
Solo libros de amor, aseguraos de ello.
Procurad no darle otras lecciones.
Ya me entendéis. Y además de la paga
tan generosa del señor Battista,
yo añadiré mi largueza. Tomad vuestros papeles;
que estén debidamente perfumados,

porque ella es más fragante que el perfume que habrá de respirar. ¿Qué le vais a leer?

LUCENZIO.

Le lea lo que le lea, abogaré por vos, querido amo, estad seguro; como si hablarais vos, con palabras quizá más elocuentes que las vuestras, a no ser que seáis, señor, un sabio.

GREMIO. ¡Ah, la sabiduría! ¡Qué gran cosa!

GRUMIO. ¡Y este pájaro bobo, qué idiota!

PETRUCCIO. [*aparte*] Tú calla.

HORTENSIO. [*aparte*] Grumio, cállate.—Dios os guarde, *signior* Gremio.

GREMIO.

Bien hallado, *signior* Hortensio. ¿Sabéis adónde voy? A casa de Battista Minola, pues prometí buscar con esmero a un maestro para la bella Bianca, y he tenido la suerte de encontrar a un joven apropiado para ella, de erudición y de conducta, muy versado en poesía y también en otros libros; todos muy buenos, te lo garantizo.

HORTENSIO.

Muy bien. Yo he conocido a un caballero que prometió encontrarme a otro, un buen músico para instruir a nuestra dama. Así no voy a estar detrás de nadie para servir a Bianca, a la que tanto quiero.

GREMIO. ¡Y yo! Mis hechos lo demostrarán.

GRUMIO. [*aparte*] Y su bolsa también.

HORTENSIO.

Gremio, no proclamemos ahora nuestro amor;

óyeme y, si me hablas cortésmente,
mis noticias nos favorecerán a ambos.
Aquí hay un caballero que he conocido por azar
y que, si tú y yo nos ponemos de acuerdo,
cortejará a la fiera Catalina.
Sí, sí, para casarse, si le gusta la dote.

GREMIO.

Si lo dice y lo hace, estará bien.
Hortensio, ¿le indicaste sus defectos?

PETRUCCIO.

Sé que es áspera, mordaz y peleona.
Si eso es todo, señores, me da igual.

GREMIO. ¿Eso decís, amigo? ¿De dónde sois?

PETRUCCIO.

Nací en Verona, hijo del viejo Antonio.
Muerto mi padre, su fortuna vive en mí,
y espero ver muchos días felices.

GREMIO.

Días así con una esposa así sería asombroso.
Pero, por Dios, comed si tenéis hambre,
empezad a comer, en el nombre de Dios.
Siempre tendréis mi ayuda en todo.
Pero ¿cortejaréis a esa gata salvaje?

PETRUCCIO. ¿Seguiré vivo?

GRUMIO. ¿Que si lo hará? Si no lo hace, la ahorco.

PETRUCCIO.

¿Con qué otra intención habría venido?
¿Pensáis que un poco de ruido va a asustarme?
¿Acaso no he oído el rugir de los leones?
¿No he oído el mar, hinchado por el viento
bramar igual que un jabalí airado y sudoroso?
¿No he oído los cañones en el campo de batalla
ni el trueno de la artillería del cielo?

¿No he oído en combates decisivos,
llamadas a las armas, relinchos y trompetas?
¿Y tú me hablas de una lengua de mujer
que no produce ni el chasquido de una castaña
cuando se asa en el hogar de un campesino?
Bah, bah, asustad a los niños con bichejos.

GRUMIO. Pues a él no le asusta nada.

GREMIO.

Oye, Hortensio, creo que este señor
nos llega felizmente para su bien y el nuestro.

HORTENSIO.

Yo le he prometido que colaboraríamos
asumiendo los gastos para cortejarla.

GREMIO. Y lo haremos, con tal que tenga éxito.

GRUMIO. Tan segura tuviera yo una buena comida.

*Entran TRANIO, muy bien vestido [disfrazado de LUCENZIO], y
BIONDELLO.*

TRANIO.

Dios os guarde, caballeros, permitidme
que os pregunte cuál es el camino más corto
para ir a la casa del señor Minola.

BIONDELLO. ¿Queréis decir el que tiene dos bellas hijas?

TRANIO. Ese mismo, Biondello.

GREMIO. Señor, ¿no os referís a aquella que...?

TRANIO. Quizás a él y a ella. ¿Os concierne?

PETRUCCIO. Espero que no sea la regañona.

TRANIO.

Las regañonas, señor, no me gustan.
Vámonos, Biondello.

LUCENZIO. Buen comienzo, Tranio.

HORTENSIO.

Un momento, señor. ¿Sois pretendiente de esa joven de que habláis, sí o no?

TRANIO. Y si lo fuera, ¿qué, señor? ¿Es algo malo?

GREMIO. No, si os marcháis sin más palabras.

TRANIO.

Os lo ruego, señor, ¿no son las calles tan mías como vuestras?

GREMIO. Pero ella, no.

TRANIO. ¿Por qué razón? Os lo suplico.

GREMIO.

Por la razón, si es que queréis saberla, de que ella es la elegida del señor Gremio.

HORTENSIO. De que ella es la elegida del señor Hortensio.

TRANIO.

Tranquilos, señores. Si sois caballeros, hacedme este favor: escuchad con paciencia. Battista es un noble caballero, no del todo desconocido de mi padre y, si su hija fuera más bella de lo que es, podría tener más pretendientes, y yo ser uno de ellos. La bella hija de Leda tenía más de mil; pues bien: mi bella Bianca podría tener más y así ha de ser: Lucenzio será otro aunque viniera Paris a llevársela.

GREMIO. ¡Vaya! Este señor pretende apabullarnos.

LUCENZIO. Soltadle rienda: se cansará muy pronto.

PETRUCCIO. Hortensio, ¿a qué tantas palabras?

HORTENSIO.

Permitidme, señor, que os lo pregunte:
¿habéis visto alguna vez a la hija de Battista?

TRANIO.

No, señor, pero sé que tiene dos;
una es famosa por su lengua regañona
y la otra por su belleza y modestia.

PETRUCCIO. La primera, señor, es para mí; dejadla en paz.

GREMIO.

Sí, dejad el trabajo para el gran Hércules,
porque este es más difícil que los doce.

PETRUCCIO.

Señor, a ver si me entendéis de verdad.
A la hija menor, por la que preguntáis,
el padre la protege de todo pretendiente;
se niega a prometerla a ningún hombre,
mientras su hermana mayor no se case.
Solo después la menor será libre, y no antes.

TRANIO.

Pues, entonces, señor, vos sois el hombre
que nos ayudará a todos, sobre todo a mí,
y si rompéis el hielo y hacéis esta proeza
de conseguir a la mayor y darnos
acceso a la menor, quien se la lleve
tendrá la gracia de no ser con vos ingrato.

HORTENSIO.

Señor, decís muy bien y lo habéis entendido
y, ya que os declaráis pretendiente,
debéis recompensar, como nosotros,
a este caballero a quien estamos tan agradecidos.

TRANIO.

Señor, no me quedaré atrás y, en prueba de ello,
os ruego que pasemos juntos esta tarde

brindando a la salud de nuestra amada.
Y, como buenos litigantes, pleiteemos;
pero comamos y bebamos como amigos.

GRUMIO y BIONDELLO. Muy buena idea. Amigos, en marcha.

HORTENSIO.

La idea es buenísima; lo haremos.
Petruccio, yo te daré el *benvenuto*.

Salen.

Acto II

Escena i

Entran CATALINA y BIANCA [con las manos atadas].

BIANCA.

No me ofendas, hermana, ni te ofendas;
convirtiéndome en sierva y en esclava; lo detesto, y en cuanto a las joyas,
desátame, y me las quitaré,
y también mis vestidos, hasta mis enaguas;
haré todo lo que me ordenes: conozco mi deber con mis mayores.

CATALINA.

De los que te pretenden, te ordeno que me digas
a cuál de ellos quieres más, pero no mientas.

BIANCA.

Créeme, hermana: entre todos los hombres,
no he encontrado jamás ese único semblante
que me gustara más que ningún otro.

CATALINA. Mientes, niña. ¿No será Hortensio?

BIANCA.

Si tú lo amas, hermana, te prometo
que yo intercederé para que sea tuyo.

CATALINA.

Esto significa que prefieres la riqueza
y que quieres a Gremio para lucir ropa.

BIANCA.

¿Es por él por lo que me aborreces tanto?
Seguro que bromeas, y ahora me doy cuenta
de que todo este tiempo te has burlado de mí.
Desátame ya, Catia, te lo ruego.

[CATALINA] *le pega.*

CATALINA. Si esto es broma, lo demás también lo fue.

Entra BATTISTA.

BATTISTA.

¡Eh, señorita! ¿Qué es esta insolencia? —
Bianca, apártate. Pobre muchacha, está llorando.
Vete a coser; olvídate de ella.—
Alma endiablada, ¡qué vergüenza!
¿Por qué la tratas mal, si ella te trata bien?
¿Cuándo te ha provocado con palabras amargas?

CATALINA. Su silencio me ofende. Y me vengaré.

BATTISTA. ¿Cómo? ¿En mi presencia? ¡Bianca, adentro!

[Sale BIANCA.]

CATALINA.

¿No me dais libertad? No, ya veo
que ella es vuestro tesoro, que ha de tener marido,
y yo bailar descalza el día que se case.
Por vuestro amor a ella, tendré que vestir santos.
No me habléis más; me sentaré a llorar
hasta que tenga ocasión de vengarme.

[Sale.]

BATTISTA.

¿Quién se ha visto jamás tan apenado?
Pero ¿quién viene?

*Entran GREMIO, LUCENZIO, vestido de pobre [y disfrazado de CAMBIO],
PETRUCCIO con [HORTENSIO disfrazado de músico] y TRANIO [
disfrazado de LUCENZIO], con su criado [BIONDELLO], que lleva un laúd
y libros*

GREMIO. Battista, buenos días.

BATTISTA. Buenos días, Gremio. Dios os guarde, caballeros.

PETRUCCIO

Y a vos también, señor. Decidme, ¿no tenéis una hija llamada Catalina, bella y virtuosa?

BATTISTA. Señor, tengo una hija llamada Catalina.

GREMIO. Sois demasiado brusco. Id paso a paso.

PETRUCCIO.

Me ofendéis, *signior* Gremio. Permitidme.—

Señor, yo soy un caballero de Verona que, habiendo oído hablar de su hermosura, simpatía, modestia, pudor e inteligencia, enormes cualidades y amable conducta, me atrevo a venir como invitado

a vuestra casa, a fin de que mis ojos testimonien lo que su fama tanto ha pregonado.

Y como pago a vuestra bienvenida, aquí os ofrezco este criado mío,

[*Le presenta a HORTENSIO.*]

versado en música y en matemáticas; él puede instruirla en estas disciplinas, que ella no ignora; ya lo sé. Aceptadle o, si no, me ofenderéis. Se llama Licio y es de Mantua.

BATTISTA.

Bienvenido seáis y él igualmente; pero, en cuanto a mi hija Catalina, no es para vos y bien lo siento.

PETRUCCIO.

Ya veo que no os place separaros de ella o que mi compañía no os agrada.

BATTISTA.

No me interpretéis mal. Os digo lo que sé. ¿De dónde sois, señor? ¿Cómo os llamáis?

PETRUCCIO.

Me llamo Petruccio y soy hijo de Antonio,

un hombre conocido en toda Italia.

BATTISTA. Lo conozco muy bien; por él sois bienvenido.

GREMIO.

Permitidme, Petruccio, os lo ruego:
dejad hablar también a estos pobres pretendientes.
¡*Atrassus!* Sois de un gran atrevimiento.

PETRUCCIO. Perdonadme, *signior* Gremio, pero el asunto me agita.

GREMIO. Sin duda, señor, y os quedaréis sin conquista.— [A BATTISTA]

Vecino, estoy seguro de que es un obsequio muy grato. Para corresponder a vuestra gentileza, yo, que más que nadie os estoy agradecido, también os ofrezco libremente a este joven profesor. [*Le presenta a HORTENSIO.*] Ha estudiado mucho en Reims y es tan versado en griego, en latín y en otras lenguas como el otro en música y matemáticas. Se llama Cambio. Os ruego que aceptéis sus servicios.

BATTISTA.

Mil gracias, *signior* Gremio. Bienvenido, *signior* Cambio.
[A TRANIO] Gentil señor, parece que no sois del grupo.
¿Puedo atreverme a preguntaros por qué estáis aquí?

TRANIO.

Perdonadme, señor. El atrevimiento es mío:
siendo yo extranjero en la ciudad,
he querido ser pretendiente de Bianca,
vuestra bella y virtuosa hija.
No ignoro que tenéis la firme voluntad
de dar la preferencia a la hermana mayor.
La única libertad que os pido es esta:
que, después de saber de qué familia soy,
me acogáis como un pretendiente más
para obtener, como los otros, libre acceso y favores.
Y en cuanto a la instrucción de vuestras hijas,
solo he traído un sencillo instrumento
y un paquete de libros griegos y latinos.
Si me los aceptáis, tendrán un gran valor.

BATTISTA

. ¿Lucenzio os llamáis?. ¿De dónde sois?

TRANIO. Soy de Pisa, señor. Y mi padre es Vincenzo.

BATTISTA.

Es un hombre importante. Me han hablado mucho de él. Sed bienvenido.—

[A HORTENSIO] Vos tomad el laúd. [A LUCENZIO] Y vos los libros; ahora veréis a vuestras dos alumnas.—

¡Eh, ahí dentro!

Entra un CRIADO.

Tú, conduce a estos caballeros ante mis hijas y diles a las dos que serán sus tutores y que los traten bien.

[*Sale el CRIADO con LUCENZIO y HORTENSIO. Los sigue BIONDELLO.*]

Vamos a pasear por el jardín y luego comeremos. Sed todos bienvenidos, y os ruego que os sintáis como tales.

PETRUCCIO.

Signior Battista, mi asunto corre prisa; no puedo venir cada día a cortejarla.

Vos conocíais a mi padre y en él me conocéis, Soy el único heredero de sus tierras y bienes, herencia que he aumentado y no menguado.

Decidme: si consigo el amor de vuestra hija ¿qué dote me daréis cuando me case?

BATTISTA.

La mitad de mis tierras, a mi muerte, y el día de la boda, veinte mil coronas.

PETRUCCIO.

A cambio de la dote, si ella me sobrevive, le garantizo que, de viuda,

tendrá todas mis tierras y mis rentas.

Redactemos, por tanto, una escritura

para que ambas partes cumplan el contrato.

BATTISTA.

Cuando hayáis conseguido lo esencial,
que es su amor, y que es el todo del todo.

PETRUCCIO.

Que no es nada, porque, suegro, os aseguro
que yo soy tan resuelto como ella es orgullosa.
Cuando convergen dos fuegos furiosos
se apaga la fuerza que alimenta su furia.
Un fuego pequeño crece con un viento leve
y un vendaval sofoca un gran incendio.
Y si yo soy el vendaval, ella se aplaca.
Soy duro; no cortejo como un niño.

BATTISTA.

A cortejarla, pues, y ¡buena suerte!
Pero armaos contra su mala lengua.

PETRUCCIO.

Sí, a la prueba, igual que las montañas
que no se mueven cuando el viento arrecia.

Entra HORTENSIO [disfrazado de músico], descalabrado.

BATTISTA. ¿Qué os pasa amigo? ¿Por qué estáis tan pálido?

HORTENSIO. Si estoy pálido, os juro que es de miedo.

BATTISTA. ¿Resultará una buena intérprete, mi hija?

HORTENSIO.

Creo que antes será un buen soldado.
Resiste el hierro, pero no el laúd.

BATTISTA. ¿Acaso no le da bien al laúd?

HORTENSIO.

Bueno, con el laúd me ha dado en la cabeza.
Le digo: «Con los trastes te equivocas»,
y le tomo la mano para colocarle bien los dedos;

cuando con un humor de mil demonios furibundos,
me dice: «¿A esto llamas trastes? ¡Pues al traste con ellos!»
Y con estas palabras, me da con el laúd en la cabeza,
que atraviesa del todo el instrumento.
Me quedo unos instantes aturdido,
igual que si estuviera en la picota;
y me llama imbécil, rascacuerdas,
guitarrista de tres al cuarto, y veinte insultos más
que parecían ensayados.

PETRUCCIO.

¡Por Dios que esa muchacha tiene vida!
La quiero diez veces más que antes.
Estoy deseando hablar con ella.

BATTISTA. [a HORTENSIO]

Venid conmigo y no estéis tan triste.
Continuad las clases con mi hija menor,
ella sí aprende y agradece cortesías.
Signior Petruccio, ¿queréis venir conmigo
o preferís que la mande llamar?

PETRUCCIO.

Llamadla, os lo suplico. Aquí la espero.

Salen todos, menos PETRUCCIO.

Y la cortejaré con brío cuando llegue.
Supongamos que chilla. Pues le diré que canta
con una voz tan dulce como el ruiseñor.
Si frunce el ceño, le diré que resplandece
como rosa recién bañada de rocío.
Supongamos que calla, que no quiere hablar.
En este caso elogiaré su locuacidad
y le diré que tiene una elocuencia arrolladora.
Si me manda al cuerno, le doy las gracias,
como si me pidiera quedarme una semana más.
Si no quiere casarse, exigiré que se publiquen
las amonestaciones y el día del enlace.
Pero ahí viene: habla ahora, Petruccio.

Entra CATALINA.

Muy buenos días, Catia. He oído decir que así te llamas.

CATALINA.

Oíste bien, pero eres algo sordo.
Quienes hablan de mí me llaman Catalina.

PETRUCCIO.

¡Mientes, a fe! Porque te llaman Catia a secas.
Catia la bonita, aunque, a veces, Catia la furia.
Pero Catia, la Catia más linda de la cristiandad,
Catia de Villa Catia, la archidulce Catia,
Catia de miel y almíbar; así que, Catia,
cata esto de mi, Catia de mi consuelo:
habiendo oído tantas alabanzas
a tus grandes virtudes y belleza
(aunque no tantas como te mereces),
me siento movido a pedir tu mano.

CATALINA.

¡Movido! ¡Ya era hora! Pues ya que te has movido
para venir aquí, muévete y largo.
Me percaté al instante de que eres movedizo como un mueble.

PETRUCCIO. ¿Como un mueble?

CATALINA. Sí, como un taburete.

PETRUCCIO. Acertaste. Ven, siéntate sobre mí.

CATALINA. Sí, los burros están para la carga, como tú.

PETRUCCIO. Y las mujeres para cargarse de hijos, como tú.

CATALINA. Si va por mí, no con un penco como tú.

PETRUCCIO.

Ay, buena Catia, no seré una carga sobre ti
sabiéndote tan joven y ligera...

CATALINA

Muy ligera para presa de un zote como tú y, sin embargo, soy mujer de peso.

PETRUCCIO. ¿De peso? ¡Pero si casi vuelas!

CATALINA. No vuelo como tú, pájaro bobo.

PETRUCCIO. Palomita, ¿te dejarás cazar por un buitre?

CATALINA. No soy ninguna palomita. Llevo aguijón.

PETRUCCIO. ¡Vamos, vamos, avispa! ¡Estás muy enfadada!

CATALINA. Pues ya que soy avispa, evita mi aguijón.

PETRUCCIO. Soy avispado. Con arrancarlo, basta.

CATALINA. Si es que un tonto puede encontrarlo.

PETRUCCIO. ¿Quién no sabe dónde tienen las avispas su aguijón? ¡En la cola!

CATALINA. ¡En la lengua!

PETRUCCIO. ¿En qué lengua?

CATALINA. Ya que aún coleas, en la tuya. Y ahora adiós.

PETRUCCIO.

¡Cómo! ¿Me dejas con la lengua en el asunto?
Vuelve, Catia, que soy un caballero.

CATALINA. A ver si es verdad.

Le pega.

PETRUCCIO. Si vuelves a pegarme, te juro que te zurro.

CATALINA.

Perderías tu blasón.
Si me pegas, no eres un caballero
y, si no eres caballero, no tienes blasón.

PETRUCCIO. Catia, ¿sabes heráldica? Inscríbeme en tus libros.

CATALINA. ¿Qué llevas por cimera? ¿La cresta de un gallo?

PETRUCCIO. ¡No! Un gallo sin cresta si Catia es mi gallina.

CATALINA. Mal gallo para mí. Cantas como un grajo.

PETRUCCIO. Vamos, Catia, vamos. No te pongas tan agria.

CATALINA. Me pasa en cuanto veo fruta borde.

PETRUCCIO. Aquí no hay ninguna, así que no estés agria.

CATALINA. Sí que la hay.

PETRUCCIO. Pues enseñámela.

CATALINA. Si tuviera un espejo, te la enseñaría.

PETRUCCIO. ¡Ah! ¿Te refieres a mi cara?

CATALINA. Buen tiro, para ser tan joven.

PETRUCCIO. ¡Por San Jorge! Contigo me sobra juventud.

CATALINA. ¡Pero si ya estás mustio!

PETRUCCIO. Son mis preocupaciones.

CATALINA. A mí no me preocupa nada.

PETRUCCIO. Mira, Catia... ¡Eh, no te escapes!

CATALINA. Si me quedo, rabiarás. ¡Suelta!

PETRUCCIO.

No, no, eso jamás. Me pareces muy gentil.
Me habían dicho que eras áspera, esquiva y desabrida,
y ahora advierto que todo eso era falso,
porque eres agradable, vivaz y muy cortés,
parca en palabras, pero dulce como flor de abril.

No te pones ceñuda, no miras de reajo,
no te muerdes los labios, como las mozas iracundas,
ni te recreas en llevar la contraria.

Tratas amablemente a quien te hace la corte,
tienes una conversación grata, gentil y afable.

¿Por qué dice la gente que cojeas?

¡Mundo calumniador! Catia es esbelta y va derecha
como rama de avellano. Y es parda de color
como las avellanas, y dulce como el fruto.

Déjame ver cómo andas. No, no cojeas.

CATALINA. Necio, vete a mandar a tus criados.

PETRUCCIO.

¿Adornó alguna vez Diana un bosquecillo
como mi Catia este lugar con su regio paso?

Sé tú Diana y que ella sea Catia,

y que Catia sea casta y Diana, retozona.

CATALINA. ¿Dónde estudiaste esos bellos discursos?

PETRUCCIO. Los improviso gracias a mi ingenio heredado.

CATALINA. Lo que te dio la herencia tú no lo aprovechas.

PETRUCCIO. ¿No soy ingenioso?

CATALINA. Sí, para andar caliente.

PETRUCCIO.

Es justo lo que quiero hacer, Catia, ¡en tu cama!

Dejemos, pues, todo este parloteo

y vamos al grano: tu padre ha consentido
que seas mi mujer. Tu dote está acordada.

Quieras o no, me casaré contigo.

En fin, Catia, yo soy quien te conviene,
pues por la luz con la que veo tu belleza,

la belleza que me hace amarte tanto,

no te vas a casar con nadie más.

Yo, mi Catia, nací para domarte,

para que pases de Catia salvaje a gata sumisa,

como las otras gatitas domésticas.

Entran BATTISTA, GREMIO y TRANIO [disfrazado de LUCENZIO].

Ahí viene tu padre. No protestes.
Yo debo ser, y lo seré, tu esposo.

BATTISTA. Hola, *signior* Petruccio. ¿Cómo os va con mi hija?

PETRUCCIO.

Me va muy bien, señor, me va muy bien.
Sería imposible que no progresara.

BATTISTA. Y tú ¿qué, hija mía? ¿Estás de mal humor?

CATALINA.

¿Me llamáis hija? Bueno, os aseguro
que me habéis demostrado un buen amor de padre
queriéndome casar con este medio loco,
un rufián temerario, un malhablado que cree que con mala educación se
obtiene todo.

PETRUCCIO.

Suegro, escuchadme. Vos, como todo el mundo
que habla de ella, habla mal de ella.
Si se enfurece, lo hace por estrategia,
pues no es osada, sino dulce como una paloma.
No es colérica, sino templada como el alba.
En cuanto a paciencia, será como Griselda,
y en castidad, como la Lucrecia romana.
Resumiendo: ambos hemos congeniado tanto
que queremos casarnos el domingo.

CATALINA. El domingo te veré colgado.

GREMIO. Mira, Petruccio, dice que antes te verá colgado.

TRANIO. ¿Es este tu progreso? Pues, ¡adiós al plan!

PETRUCCIO.

Paciencia, caballeros. Soy yo quien la eligió.
Si a los dos nos complace, ¿qué os importa a vosotros?

Cuando estábamos solos acordamos
que ante la gente seguiría siendo una fiera.
Os lo aseguro: es imposible creer
lo mucho que me quiere. ¡Ah, dulcísima Catia!
¡La más amable de las Catalinas!
Se abrazaba a mi cuello y beso a beso
y juramento a juramento me decía
que su amor me ganó en un solo instante.
Vosotros sois unos novicios. Es un prodigio ver
que cuando hombres y mujeres están solos,
un pobre diablo doma a la más fiera.
Dame la mano, Catia. Me voy a Venecia
a comprar ropa para el día de la boda.
Vos, suegro, preparad fiesta, invitad a la gente.
Yo me encargo de que Catia vaya bien vestida.

BATTISTA.

Pues no sé qué decir, pero dadme la mano.
Que Dios os dé ventura, y asunto concluido.

GREMIO y TRANIO. De acuerdo, pues; nosotros seremos los testigos.

PETRUCCIO.

Suegro y esposa, y caballeros, hasta pronto.
Yo me marcho a Venecia; el domingo se acerca.
Habrá anillos, muchas cosas, tiros largos.
Bésame, Catia; el domingo nos casamos.

Salen PETRUCCIO y CATALINA [por separado].

GREMIO. ¿Cuándo se arregló tan pronto una boda?

BATTISTA.

A fe, señores, que ya estoy lanzado
a ser un mercader aventurado.

TRANIO.

Era una mercancía que se os estropeaba.
Ahora ganaréis o se irá a pique.

BATTISTA. Yo solo quiero ganar paz con estas nupcias.

GREMIO.

Para paz, la que él se lleva en su captura.
Pero ahora, Battista, hablemos de vuestra hija menor.
Hoy es el día ansiado. Yo soy vuestro vecino
y yo fui quien la cortejó primero.

TRANIO.

Y yo amo más a Bianca de lo que expresan
las palabras o concibe el pensamiento.

GREMIO. Jovencito, como yo nunca podrás amarla.

TRANIO. Viejecito, tu amor hiela.

GREMIO.

Y el tuyo achicharra.
¡Quita, botarate! La edad es lo que nutre.

TRANIO. A sus ojos, la juventud es lo que cunde.

BATTISTA.

Tranquilos, caballeros. Yo arreglo la cuestión:
los hechos darán el premio, y el que de ambos
garantice a mi hija la dote más valiosa
tendrá el amor de Bianca. Decidme,
signior Gremio, ¿qué le podéis garantizar?

GREMIO.

Ante todo, la casa que tengo en la ciudad,
que, como ya sabéis, contiene plata y oro,
jarras y jofainas en que lavar sus delicadas manos.
Mis tapices son auténticos de Tiro;
en cofres de marfil tengo guardadas mis coronas;
en arcas de ciprés, cubrecamas de Arrás,
costosos paños, doseles, colgaduras,
finos lienzos, cojines turcos recamados de perlas,
encajes bordados en oro de Venecia,
peltre y cobre, con todo lo preciso
para el cuidado de una casa. Además, en mi granja,
un centenar de vacas que dan leche,

y en mis establos ciento veinte gruesos bueyes
y cuanto corresponde a tal hacienda.
Yo ya empiezo a estar viejo, tengo que admitirlo,
y, si muero mañana, eso es suyo,
con tal de que ella sea solo mía mientras yo viva.

TRANIO.

Ese «solo» está bien.— Señor, atendedme.
Soy el único heredero de mi padre
y, si puedo casarme con vuestra hija,
le dejaré de tres a cuatro casas
en la rica ciudad de Pisa, tan buenas
como las que el viejo *signior* Gremio tiene en Padua,
además de dos mil ducados cada año
por mis fértiles tierras como bienes gananciales.
Todo eso será suyo cuando enviude.
¿Qué, *signior* Gremio? ¿Escuece esto?

GREMIO.

¡Una renta de dos mil ducados al año!
[*Aparte*] Mis tierras juntas no dan tanto.—
Todo eso será suyo, además de un galeón
que está anclado en el puerto de Marsella.
¿Qué? ¿Se os ha atragantado el galeón?

TRANIO.

Gremio, se sabe que mi padre tiene al menos
tres grandes galeones, además de dos naves
y de doce galeras. Eso se lo garantizo,
así como el doble de lo que vos le ofrezcáis.

GREMIO.

No, yo ya le he ofrecido todo. No tengo nada más
ni puedo darle más de lo que tengo.
Si me aceptáis, conmigo tendrá todo lo mío.

TRANIO.

Entonces la muchacha será mía frente al mundo
según vuestra promesa. Gremio pierde el juego.

BATTISTA.

Debo admitir que vuestra oferta es la mejor.
Si vuestro padre me lo garantiza,
será vuestra. Si no —y perdonadme—,
y morís antes que él, ¿dónde estará la dote?

TRANIO. ¡Que nimiedad! Él es viejo y yo joven.

GREMIO. ¿Acaso no se puede morir joven?

BATTISTA.

Bueno, señores, os propongo esto:
ya sabéis que mi hija Catalina
se va a casar el próximo domingo;
pues el otro domingo lo hará Bianca.
Será vuestra si me dais garantía;
si no, lo hará con el *signior* Gremio.
Con esto me despido y gracias a los dos.

Sale.

GREMIO.

Adiós, vecino, ahora ya no te tengo miedo.—
Mozo aventurero, tu padre no tendría juicio
si te lo diera todo a ti y, a sus años, confiara
en comer de tu despensa. ¡Ya lo creo!
Un viejo zorro italiano no es tan bueno.

Sale.

TRANIO.

¡Maldito sea tu astuto y arrugado pellejo!
Tuve que afrontarlo con un buen farol.
Tengo un plan para ayudar a mi amo.
Y no veo por qué el falso Lucenzio
no se invente un padre, el falso Vincenzo.
¡Vaya milagro! Normalmente son los padres
quienes engendran hijos, pero en este incidente
un hijo engendra un padre, si no yerra mi mente.

Sale.

Acto III

Escena i

Entra LUCENZIO [disfrazado de CAMBIO], HORTENSIO [disfrazado de LICIO] y BIANCA.

LUCENZIO.

Despacio, músico; eres muy atrevido.
¿Tan pronto has olvidado la acogida
que te brindó su hermana Catalina?

HORTENSIO.

Maestro peleón, esta es la patrona
de la armonía celestial. Permíteme,
por lo tanto, tener la prioridad,
y, cuando haya pasado una hora de música,
tu lección durará igual que la mía.

LUCENZIO.

¡Bobo insensato, no has leído lo bastante
para saber por qué nació la música!
¿No fue acaso para que la mente humana
descansara después de estudiar y esforzarse?
Entonces déjame enseñar filosofía
y, cuando acabe, ofrécele tus armonías.

HORTENSIO. Oye, tú, no tolero esas bravatas.

BIANCA.

Bueno, señores, me agraviáis dos veces
al discutir por algo que es de mi incumbencia.
No soy ninguna alumna para que se me azote,
no estoy sujeta a horas ni a periodos fijos,
sino que aprendo cuando a mí me place.
Para cortar las discusiones, sentémonos aquí.
[A HORTENSIO] Coged vuestro instrumento, tocadlo un rato.
Antes que lo templéis, él habrá acabado su clase.

HORTENSIO

. ¿Y dejaréis la clase cuando esté templado?

LUCENZIO. ¿Tú templado? Jamás. Tú temple el instrumento.

BIANCA. ¿Dónde estábamos?

LUCENZIO. Aquí, señora..

*«Hic ibat Simois, hic est Sigeia tellus,
Hic steterat Priami regia celsa senis».*

BIANCA. Traducid.

LUCENZIO. *«Hic ibat»*, como os decía; *«Simois»*, soy Lucenzio; *«hic est»*, hijo de Vincenzo de Pisa; *«Sigeia tellus»*, disfrazado así para ganar vuestro amor; *«Hic steterat»*, y ese Lucenzio que viene a cortejaros; *«Priami»*, es mi criado Tranio; *«regia»*, que tiene mi porte; *«celsa senis»*, para engañar al viejo.

HORTENSIO. Señora, el instrumento está templado.

BIANCA. ¿A ver? ¡Qué va! La cuerda alta desafina.

LUCENZIO. Escupe en el agujero, hombre, y vuelve a templarlo.

BIANCA. A ver si yo puedo traducirlo. *«Hic ibat Simois»*, no os conozco; *«hic est Sigeia tellus»*, no me fío de vos; *«Hic steterat Priami»*, procurad que ese no nos oiga; *«regia»*, no os hagáis ilusiones; *«celsa senis»*, ni desesperéis.

HORTENSIO. Señora, ya está templado.

[Toca.]

LUCENZIO. El bordón, no.

HORTENSIO.

El que no está templado es un borde.

[Aparte] ¡Qué fogoso y audaz es nuestro maestrillo!

Seguro que este canalla corteja a mi amor.

Maestrillo, cuidado que te observo.

BIANCA. Con el tiempo os creeré, pero ahora desconfío.

LUCENZIO.

No desconfiéis, porque seguro que Áyax era Éaco, llamado así por su abuelo.

BIANCA.

Debo creer a mi tutor; si no, os aseguro que seguiría discutiendo sobre esto; pero dejémoslo. Ahora, Licio, con vos. Buen maestro, os lo ruego: no os toméis a mal que haya bromeado con los dos.

HORTENSIO.

Puedes ir de paseo; déjame ahora un rato. No sé dar lecciones de música con tres.

LUCENZIO.

¿Tan puntilloso sois, señor? Muy bien, esperaré. [Aparte] Con los ojos abiertos, pues, si no me equivoco, nuestro buen músico se está enamorando.

HORTENSIO.

Señora, antes que toquéis el instrumento, para aprender cómo pongo los dedos debo empezar con los rudimentos del arte y enseñaros la escala del modo más rápido, más ameno, conciso y eficaz que otros músicos la hayan enseñado nunca; y aquí está, por escrito, bien expuesto.

BIANCA. Bueno, la escala ya hace tiempo que la sé.

HORTENSIO. Pero leed la escala de Hortensio.

BIANCA. [leyendo]

«Soy el do, fundamento de lo armónico.

Re: Hortensio declara su fervor.

Mi: tómalo, Bianca, por esposo.

Fa: te ama con toda su pasión.

Sol: mi clave, con dos notas también.

La, si: ten compasión o moriré».

¿Llamáis escala a esto? ¡No me gusta!

Me gusta más la antigua. No soy tan caprichosa para cambiar las buenas reglas por otras inventadas.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO.

Señora, vuestro padre os ruega que dejéis los libros y ayudéis a arreglar la habitación de vuestra hermana; ya sabéis que mañana es el día de la boda.

BIANCA. Adiós, buenos maestros, debo irme.

[Salen BIANCA y el MENSAJERO.]

LUCENZIO. Señora, ya no tengo motivos para quedarme.

[Sale.]

HORTENSIO.

Yo sí los tengo para espiar a este maestro; creo que tiene el aire de estar enamorado. Pero si tus pensamientos, Bianca, se rebajan a poner tus ojos errantes en cualquier señoelo, que te lleve otro. Si te veo variar, yo cambio de moza y estamos en paz.

Sale

III.ii. *Entran* BATTISTA, GREMIO, TRANIO [*disfrazado de* LUCENZIO], CATALINA, BIANCA, [LUCENZIO, *disfrazado de* CAMBIO] *y acompañamiento.*

BATTISTA. [*a* TRANIO]

Signior Lucenzio, este es el día fijado para la boda de Petruccio y Catalina.

Y, sin embargo, no sabemos nada de él.

¿Qué dirá la gente? Será una humillación que no esté el novio cuando el cura espera para oficiar la ceremonia de la boda.

¿Qué dice Lucenzio de esta vergüenza nuestra?

CATALINA.

La vergüenza es mía. Me vi obligada
a dar mi mano contra mi voluntad
a un loco abyecto y maniático
que cortejó con prisas y se casa con calma.
Ya os dije que era un perturbado
que escondía sus burlas en su tosca franqueza.
Y para demostrar que tiene buen humor,
corteja a mil y fija el día de la boda,
invita a sus amigos, publica las amonestaciones,
sin ganas de casarse con quien ha cortejado.
Ahora el mundo señalará a la pobre Catalina
diciendo: «Mira, allí va la esposa del loco Petruccio,
si él se digna venir a casarse con ella.»

TRANIO.

Paciencia, buena Catalina, y vos también, Battista.
Seguro que Petruccio no tiene malas intenciones.
Algún azar le impide cumplir su palabra.
Aunque sea brusco, sé que es muy juicioso,
y aunque sea alegre, es también honrado.

CATALINA. ¡Ojalá Catalina no le hubiera visto nunca!

Sale llorando [con BIANCA y otros].

BATTISTA.

Vete, muchacha, no te reprocho que llores,
pues si una ofensa así haría rabiar a un santo,
más aún a un carácter como el tuyo.

Entra BIONDELLO.

BIONDELLO. ¡Amo, amo, buenas nuevas! Viejas y nuevas como las que jamás habéis oído.

BATTISTA. ¿Nuevas y viejas? ¿Cómo es posible?

BIONDELLO. ¿No es una buena nueva oír que viene Petruccio?

BATTISTA. ¿Ya ha llegado?

BIONDELLO. Bueno, no, señor.

BATTISTA. ¿Entonces, qué?

BIONDELLO. Está llegando.

BATTISTA. ¿Y cuándo estará aquí?

BIONDELLO. Cuando esté donde yo estoy y os vea a vos.

BATTISTA. Pero, dime, ¿por qué son noticias viejas?

BIONDELLO. Porque Petruccio está llegando con un sombrero nuevo y un jubón viejo, unas calzas viejas, vueltas tres veces; unas botas que han hecho de candelero, una con hebilla y otra con cordones; una vieja espada herrumbrosa sacada de la armería de la ciudad, con la empuñadura rota, sin vaina, y con los colgantes rotos; el caballo renqueando, con la silla vieja y apolillada y los estribos desaparejados; tiene el muermo, se queja del espinazo, lleva las encías hinchadas, está aquejado de tolano y va lleno de escrófulas; tiene un tumor en la pata, las articulaciones hinchadas, está desfigurado por la ictericia, con adivas incurables, tiene mareos, gusanos en las tripas, el lomo doblado y las paletillas dislocadas, patizambo por delante, un freno de medio carrillo y una brida de cuero barato que, a fuerza de tirar para que no se cayera tropezando, se ha roto muchas veces y va sujeta con nudos; una cincha recosida seis veces y una grupera de terciopelo con las iniciales de alguna, tachonada y remendada con guita.

BATTISTA. ¿Y quién viene con él?

BIONDELLO. ¡Uy, señor! Su lacayo, ataviado como el caballo, con una calza de lino en una pierna y, en la otra, un tejido grueso a modo de pernera, con ligas de cinta roja y azul, y un sombrero viejo con un ramillete a modo de penacho. Va vestido como un monstruo, un auténtico monstruo, y no como un paje cristiano o un lacayo de caballero.

TRANIO.

Algún raro humor le habrá incitado a ello,
aunque de todos modos casi siempre viste mal.

BATTISTA. Me alegro de que venga, aunque venga así.

BIONDELLO. Pero, señor, no viene.

BATTISTA. ¡Cómo! ¿No has dicho que venía?

BIONDELLO. ¿Quién? ¿Petruccio?

BATTISTA. Sí, que venía Petruccio.

BIONDELLO. No, señor; he dicho que venía su caballo con él encima.

BATTISTA. Bueno, es lo mismo.

BIONDELLO.

No, por San Enrique;
me juego un penique
que hay un gran abismo
entre uno y dos;
no todo es lo mismo,
como decís vos.

Entran PETRUCCIO y GRUMIO.

PETRUCCIO. ¡Eh! ¿Dónde están esos galanes? ¿Quién hay en casa?

BATTISTA. Bienvenido, señor.

PETRUCCIO. Y, sin embargo, no vengo bien.

BATTISTA. Pero no vais cojo.

TRANIO. Ni tan bien vestido como yo quisiera.

PETRUCCIO.

Mucho mejor venir deprisa y así, ¿no?
Pero ¿dónde está Catia? ¿Dónde mi bella novia?
¿Cómo estáis, suegro? Señores, os veo ceñudos.
¿Por qué me mira así esta buena gente,
como si viera un singular prodigio,
un cometa o un insólito presagio?

BATTISTA.

Señor, sabéis que hoy es el día de vuestra boda.

Primero estábamos tristes por si no aparecáis y ahora más, porque venís tan mal vestido. ¡Ea, quitaos esas ropas! ¡Qué vergüenza! ¡Qué ofensa a esta solemne ceremonia!

TRANIO.

Decidnos qué acontecimiento os ha alejado así de vuestra esposa y os envía aquí de forma tan distinta de vos mismo.

PETRUCCIO.

Aburrido sería narrarlo, y duro de escuchar. Yo ya he cumplido mi palabra y eso basta; sé que en algunos puntos me desvíó; ya os lo diré, cuando tenga más tiempo. y a todos os daré satisfacción. Pero ¿y Catia? Pierdo el tiempo si no está. Pasa la mañana y es hora de ir a la iglesia.

TRANIO.

Vestido así, no os presentéis ante la novia; venid a mi cuarto y poneos ropa mía.

PETRUCCIO. No, no, creedme; me presentaré así.

BATTISTA. Pero, vestido así no querrás casarte.

PETRUCCIO.

A fe que sí, conque basta de palabras: se casará conmigo y no con mi ropa. Si pudiera cambiar lo que ella me gaste, de la misma manera que me cambio de ropa, tanto ella como yo saldríamos ganando. Pero ¡qué tonto soy hablando con vosotros, en vez de dar los buenos días a la novia ni sellar este título con un beso amoroso!

Salen [PETRUCCIO y GRUMIO].

TRANIO.

Algo trama con esta loca indumentaria.

Habrá que convencerlo, si es posible,
de que vista mejor antes de ir a la iglesia.

BATTISTA. Lo seguir . Quiero ver cómo acaba.

Salen [BATTISTA, GREMIO y criados].

TRANIO.

Pero, señor, al amor de ella hay que añadir
la aprobación del padre y, para obtenerla,
tal como dije a vuestra merced,
tengo que disponer de alguien —quien sea
no importa mucho, ya lo adiestraremos—,
para que haga de Vincenzo de Pisa,
y d  garantías, aquí en Padua,
de más dinero del que he prometido.
Así conseguir is a vuestra dulce Bianca,
y os casar is con el permiso de su padre.

LUCENZIO.

Si no fuera porque el otro maestro
vigila tan de cerca los pasos de Bianca,
estaría muy bien, me parece, casarse en secreto
y, una vez hecho, aunque todos dijeran que no,
yo tendría lo mío, a pesar de todo el mundo.

TRANIO.

Eso lo consideraremos despacio y buscaremos
las oportunidades favorables que podamos.
Burlaremos al viejo de Gremio,
al entrometido de Minola
y a ese m sico intrigante, el amoroso Licio,
y todo por mi amo Lucenzio.

Entra GREMIO.

Signior Gremio,   salís ya de la iglesia?

GREMIO. Más a gusto que cuando salía de la escuela.

TRANIO.   Y han llegado ya a casa el esposo y la esposa?

GREMIO.

¿El esposo, decís? No, el roñoso,
el roñoso gruñón; se va a enterar ella.

TRANIO. ¿Más gruñón que ella? No, no puede ser.

GREMIO. ¡Cómo! Él es un diablo, el mismo diablo.

TRANIO. ¡Cómo! Y ella, una diablesa, la madre del diablo.

GREMIO.

A su lado, ella es una cordera, una paloma,
una niña. Mirad, señor Lucenzio, cuando el cura
preguntó a Catalina si ella quería ser su esposa,
él dijo: «Sí, por las llagas de Cristo», y gritó tan fuerte,
que, en su asombro, al cura se le cayó el libro
y, cuando se agachaba para recogerlo,
el loco del marido le dio un golpe tan fuerte
que rodaron cura y libro, libro y cura.
«Y ahora», dijo él, «que lo recoja quien quiera.»

TRANIO. ¿Y qué dijo la esposa, cuando él se levantó?

GREMIO.

Se agitó y tembló, porque él pateaba y renegaba
como si el cura quisiera engañarle.
Pero, después de varias ceremonias,
pidió vino: «¡Brindemos!», dijo, igual
que si estuviera a bordo con sus marineros,
después de una tormenta. Se traga el moscatel
y tira los posos a la cara del pobre sacristán,
solo porque tiene la barba muy rala
y parece pedirle los posos mientras él bebe.
Hecho esto, agarra a su esposa por el cuello
y la besa en los labios con un chasquido tan sonoro
que el eco resuena por toda la iglesia.
Al ver esto me fui, porque pasé vergüenza,
y tras de mí salió toda la gente.
En mi vida he visto una boda igual.
Escuchad, escuchad, ya se oyen los músicos.

Suena la música.

Entran PETRUCCIO, BIANCA, HORTENSIO [*disfrazado de LICIO*],
BATTISTA, [GREMIO y *acompañamiento*.]

PETRUCCIO.

Caballeros y amigos, os agradezco las molestias.
Sé que pensáis comer hoy aquí conmigo
y que habéis preparado una gran fiesta,
pero es que tengo asuntos que me apremian
y ahora mismo me despido de vosotros.

BATTISTA. ¿Cómo es posible que os vayáis ahora?

PETRUCCIO.

Tengo que irme antes que anochezca.
No os extrañéis. Si conocierais mis asuntos,
me pediríais que me fuera, y no que me quedara.
Y, amables compañeros, gracias a todos
que habéis visto cómo me he entregado
a esta paciente, dulce y virtuosa esposa.
Comed con mi suegro, brindad por mí,
porque yo debo marcharme. Adiós a todos.

TRANIO. Quedaos hasta después de la comida.

PETRUCCIO. No es posible.

GREMIO. Os lo ruego.

PETRUCCIO. No es posible.

CATALINA. Te lo pido yo.

PETRUCCIO. Te lo concedo.

CATALINA. ¿Me concedes que te vas a quedar?

PETRUCCIO.

Te concedo que me pidas que me quede;
pero me voy, por mucho que me insistas.

CATALINA. Si me quieres, quédate.

PETRUCCIO. Grumio, mi caballo.

GRUMIO. Están saciados y listos, señor, para el galope.

CATALINA.

Pues, bien, haz lo que quieras. Yo no voy.
Ni hoy, ni mañana. Iré cuando me plazca.
Tienes la puerta abierta, señor, sigue tu camino.
Puedes trotar mientras las botas estén nuevas.
En cuanto a mí, iré cuando me plazca.
Me demuestras que serás un esposo arrogante,
si te impones así desde el principio.

PETRUCCIO. ¡Ah, Catia! Ten calma; no te enfades.

CATALINA.

Sí que me enfado. ¿A ti qué te importa?
Padre, tranquilo. Se quedará hasta que yo quiera.

GREMIO. ¡Pardiez, señor, ya empezamos!

CATALINA.

Señores, vamos todos al banquete de bodas.
Veo que una mujer quedaría en ridículo
si le faltara energía para plantarse.

PETRUCCIO.

Harán lo que les digas, Catia.
Obedeced a la esposa, los que vais con ella.
Id a la fiesta, divertíos y bebed
cuanto podáis, brindad por su virginidad,
enloqueced y sed felices o colgaos.
Pero mi bella Catia se viene conmigo.—
No amenazas, ni des patadas, ni me mires así,
ni te exasperes; yo soy el amo de lo mío.
Ella es mi hacienda, mis muebles y mi casa,
todo lo de mi hogar, mis tierras, mi granero,
mi caballo, mi buey, mi asno, mi todo.

Aquí está ella. Quien se atreva que la toque.
Entablaré una demanda contra el más osado
que impida mi viaje a Padua. Grumio,
saca tu espada, los ladrones nos rodean;
rescata a tu ama si eres hombre.
No temas, dulce moza, nadie te va a tocar.
Contra un millón seré tu escudo, Catia.

Salen PETRUCCIO, CATALINA [y GRUMIO].

BATTISTA. Dejad que se vaya esta pacífica pareja.

GREMIO. Si se quedan, me muero de la risa.

TRANIO. De las bodas más locas, esta es la peor.

LUCENZIO. Señora, ¿qué pensáis de vuestra hermana?

BIANCA. Que está loca y se ha juntado con un loco.

GREMIO. Os aseguro que Petruccio está *encatiado*.

BATTISTA.

Amigos y vecinos, aunque los novios
no estén sentados a la mesa, ya sabéis
que en la fiesta no faltará comida.
Lucenzio, ocupa tú el lugar del novio
y que Bianca se siente en el de Catalina.

TRANIO. ¿Hará la dulce Bianca el papel de esposa?

BATTISTA. Lo hará, Lucenzio. Venga, señores, vámonos.

Salen.

Acto IV

Escena i

Entra GRUMIO.

GRUMIO. ¡Malditos sean todos los pencos cansados, todos los amos locos y todos los caminos embarrados! ¿Cuándo se ha visto a un hombre tan vapuleado, un hombre tan sucio, un hombre tan agotado? Me mandan por delante a encender el fuego y ellos vienen después a calentarse. Bueno, si yo no fuera un pucherito que hierve enseguida, hasta los labios se me helarían en los dientes, la lengua en el paladar y el corazón en la panza antes de conseguir un fuego que me deshelara. Pero yo me caliento soplando el fuego, porque con este tiempo, cualquiera más grande que yo pillaría un buen resfriado. ¡Eh, Curzio!

Entra CURZIO.

CURZIO. ¿Quién llama con tanta frialdad?

GRUMIO. Un trozo de hielo. Si lo dudas, intenta resbalar de mi hombro a mis talones, y lo harás sin más carrerilla que entre el cuello y la cabeza. ¡Un fuego, buen Curzio!

CURZIO. ¿Vienen el amo y su esposa, Grumio?

GRUMIO. Sí, Curzio, sí, conque fuego, fuego; y no eches agua.

CURZIO. ¿Es tan fiera como dicen?

GRUMIO. Lo era, buen Curzio, antes de esta helada. Pero tú sabes muy bien que el invierno amansa al hombre, a la mujer y a la bestia, y ha amansado al amo, a la nueva ama y a mí mismo, amigo Curzio.

CURZIO. ¡Quita, enano loco! ¡Yo no soy ninguna bestia!

GRUMIO. ¿Y yo? ¿Soy un enano? Tus cuernos miden más de un palmo y yo no mido menos. ¿Quieres encender el fuego o quieres que me queje de ti a nuestra nueva ama? Mira que tiene una mano (ahora que está a mano)

que pronto sentirás para tu frío consuelo por tardar tanto en encender.

CURZIO. Grumio, te lo ruego, dime cómo va el mundo.

GRUMIO. Es un mundo frío, Curzio, en todos los oficios menos en el tuyo, conque enciende el fuego. Cumple tu deber y date por pagado, porque el amo y el ama están muertos de frío.

CURZIO. El fuego ya está listo, así que, Grumio, cuéntame noticias.

GRUMIO. «Se acerca el mensajero. ¿Qué noticias traerá?»

CURZIO. Tú siempre dispuesto a pillar bromas.

GRUMIO. Pues al fuego, porque yo ya he pillado un buen resfriado. ¿Dónde está el cocinero? ¿Está lista la cena? ¿Está la casa en orden, las esteras extendidas, las telarañas quitadas, los criados con sus nuevos uniformes y las calzas blancas, y cada uno llevando su nuevo traje de boda? Y los peroles, ¿ya están limpios por dentro? ¿Y las perolas por fuera? ¿Están puestos los tapices y todo en orden?

CURZIO. Todo listo, así que dime qué noticias hay.

GRUMIO. Primero, mi caballo está cansado, y los amos se han encabritado.

CURZIO. ¿Cómo?

GRUMIO. Se cayeron del caballo al barro. Una larga historia.

CURZIO. Cuéntamela, Grumio.

GRUMIO. Acerca la oreja.

CURZIO. Aquí está.

GRUMIO. [*le pega*] ¡Toma!

CURZIO. Esto es sentir la historia, no oírla.

GRUMIO. Es que es una noticia muy sentida. La bofetada era para llamar a la puerta de tu oído y pedirte que la oyeras. Y ahora empiezo. *Imprimis:* bajábamos por una cuesta embarrada. El amo iba montado detrás del

ama...

CURZIO. ¿Los dos en un caballo?

GRUMIO. ¿Y eso qué importa?

CURZIO. Importa un caballo.

GRUMIO. Pues cuenta tú la historia. Si no me hubieras interrumpido, habrías oído que se le cayó el caballo, y ella debajo; habrías oído que el sitio estaba embarrado y que ella se ensució, que él la dejó atrás con el caballo encima, y que él me pegó porque el caballo de ella tropezó; que ella vadeó por el barro para quitarme al amo de encima; que él juraba y ella rogaba, cuando no rogaba nunca; que yo grité, que se escaparon los caballos, que a ella se le rompió la brida, que yo perdí la grupera, con muchas cosas de digna recordación que ahora morirán en el olvido, mientras tú morirás en la ignorancia.

CURZIO. Por lo que cuentas, él está más fiero que ella.

GRUMIO. Claro. Y tú y los más valientes de todos vosotros os vais a enterar cuando él llegue a casa. Pero ¿por qué hablo de esto? Llama a Nataniel, a Giuseppe, a Niccolò, a Filippo, a Gualterio, a Azucarillo y a todos los demás. Que se peinen bien, que se cepillen las casacas azules y que lleven unas ligas que hagan juego. Diles que hagan una reverencia con la pierna izquierda y que no intenten tocar un solo pelo del caballo del amo antes de besarles las manos. ¿Están todos preparados?

CURZIO. Lo están.

GRUMIO. Llámalos.

CURZIO. ¡Eh! ¿Me oís? ¡Todos a recibir al amo y ponerle buena cara al ama!

GRUMIO. Pero ella ya tiene la suya.

CURZIO. Y eso, ¿quién no lo sabe?

GRUMIO. Tú, que dices a todos que le pongan buena cara.

CURZIO. Los llamo para que le presten atención.

GRUMIO. Pero ella no viene a que le presten nada.

Entran cuatro o cinco CRIADOS.

NATANIEL. ¡Bienvenido a casa, Grumio!

FILIPPO. ¿Cómo estás, Grumio?

GIUSEPPE. ¡Hola, Grumio!

NICCOLÒ. ¡Amigo Grumio!

GRUMIO. ¡Bienvenidos! ¿Cómo estáis? ¡Hola, tú! ¡Hola, compañero!
¡Basta de saludos! A ver, mis alegres amigos, ¿está todo a punto y bien limpio?

NATANIEL. Todo listo. ¿Está cerca el amo?

GRUMIO. Ya está aquí, y habrá desmontado, así que no... ¡Por la Pasión de Cristo! Silencio, que ya le oigo.

Entran PETRUCCIO y CATALINA.

PETRUCCIO.

¿Dónde están estos granujas? ¿Nadie a la puerta para tenerme el estribo y llevarse el caballo?

¿Dónde están Nataniel, Gregorio y Filippo?

CRIADOS. ¡Aquí, aquí, señor, aquí, señor!

PETRUCCIO.

«¡Aquí, señor, aquí, señor, aquí, señor!»

¡Vaya mozos de cuadra tan zoquetes!

¿Ya no hay servicio, ni respeto, ni acogida?

¿Dónde está el idiota que mandé adelantarse?

GRUMIO. Aquí, señor, y tan idiota como antes.

PETRUCCIO.

¡Puerco palurdo, puto esclavo de carga!

¿No te dije que me esperaras en el parque y llevaras contigo a estos granujas?

GRUMIO.

Señor, la casaca de Nataniel no estaba terminada,
los escaupines de Gabriel no tenían adornos,
faltaba hollín para teñir el sombrero de Pedro,
la espada de Gualterio estaba sin su vaina,
y decentes solo estaban Adán, Rodolfo y Gregorio;
los demás, raídos, andrajosos, desastrados,
pero tal como están, así os reciben.

PETRUCCIO.

¡Fuera, granujas, y traedme la cena!

Salen los CRIADOS.

[*Cantando*] «¿Dónde está la vida que llevaba?
¿Dónde aquellos...?» —
Siéntate, Catia, y bienvenida. ¡Ñam, ñam, ñam!

Entran los CRIADOS con la cena.

¡Vaya, por fin! — Bueno, querida Catia, alégrate.—
¡Quitadme las botas, bribones! ¡Venga, granujas!
[*Cantando*] «Iba un fraile franciscano
por un camino muy llano...» —
¡Ah, tú, granuja, que me retuerces el pie!
¡Toma! [*Le pega*] Y a ver si me quitas mejor la otra.—
¡Alégrate, Catia! — A ver, agua. ¡Eh!

Entra uno con agua.

¿Dónde está mi perro Troilo?— Tú, sal
y dile a mi primo Fernando que venga.—
Catia, a él debes conocerlo y darle un beso.—
¿Dónde están mis zapatillas? ¿Me traéis agua o no? —
Ven, Catia, lávate. Sé bienvenida, de verdad.—
¡Puto granuja! ¿La derramas?

[*Le pega al criado.*]

CATALINA. Paciencia, te lo ruego. Lo ha hecho sin querer.

PETRUCCIO

·
¡Es un puto granuja, un zopenco, un orejudo!
Ven, Catia, sé que tienes hambre, siéntate.
¿Bendices tú la mesa, dulce Catia, o lo hago yo?
¿Qué es esto? ¿Cordero?

CRIADO 1º. Sí.

PETRUCCIO. ¿Quién lo ha traído?

CRIADO 1º. Yo.

PETRUCCIO.

Está quemado, igual que toda la comida.
Sois unos perros. ¿Dónde está el bribón del cocinero?
Granujas, ¿cómo os atrevéis a sacarla de la despensa
y servírmela así, que tanto me disgusta?
Venga, lleváosla, platos, copas, todo.

[*Se lo tira todo a los CRIADOS.*]

¡Idiotas, inútiles, esclavos insolentes!
¿Así que gruñendo? Ahora iré a por vosotros.

CATALINA.

Te lo ruego, esposo, no te enfurezcas.
La carne estaba bien, podías aceptarla.

PETRUCCIO.

Te digo, Catia, que estaba quemada y seca,
y me han prohibido expresamente que la toque,
porque produce rabia y engendra ira.
Sería mejor que ambos prescindiéramos
de una carne tan hecha, pues los dos
tenemos propensión a ser coléricos.
Ten paciencia, mañana lo remediamos.
Esta noche ayunaremos los dos juntos.
Ven, te llevaré a tu cámara nupcial.

Salen.

Entran varios CRIADOS.

NATANIEL. Pedro, ¿tú cuándo has visto algo así?

PEDRO. La mata con su mismo carácter.

GRUMIO. ¿Dónde está el amo?

Entra CURZIO.

CURZIO.

En el cuarto de ella, echándole un sermón de continencia.
Reniega, jura y grita tanto que la pobre
no sabe cómo estar, dónde mirar, ni qué decir;
está como recién despierta de un mal sueño.
Vámonos, que vuelve.

[*Salen.*]

Entra PETRUCCIO.

PETRUCCIO.

Así, con esta astucia, comienzo mi reinado,
y mi esperanza es acabar con éxito.
Ahora mi halcón está hambriento y vacío;
mientras no ceda, no llenará el buche,
que, si no, no haría caso de su cebo.
Tengo otro medio para someter a mi ave,
para hacer que acuda a la llamada del cetrero,
que es tenerla despierta como a los milanos
que aletean y revolotean sin querer obedecer.
Hoy no ha comido nada, ni comerá;
anoche no durmió, ni dormirá esta noche.
Como con la comida, inventaré algún defecto
en la manera de estar hecha la cama:
lanzaré la almohada por aquí, y por allí el almohadón,
por ahí la colcha, por allá las sábanas;
y en medio del tumulto fingiré
que lo hago todo en atención a ella,
que, en suma, pasará la noche en blanco.
Si da una cabezada, reñiré y gritaré
y con el ruido la tendré despierta.

Así se mata con bondad a una esposa,
y así doblegaré su loca obstinación.
Quien a una fierecilla mejor sepa domar,
que venga aquí y lo diga: hará una caridad.

Sale.

IV.ii. *Entran* TRANIO [*disfrazado de* LUCENZIO] y HORTENSIO [*disfrazado de* LICIO].

TRANIO.

Amigo Licio, ¿es posible que a la señora Bianca le guste cualquier otro que no sea Lucenzio?
Os confieso, señor, que ella me anima mucho.

HORTENSIO.

Si os queréis convencer, señor, de lo que os digo, poneos a un lado y fijaos cómo enseña.

Entran BIANCA [*y* LUCENZIO].

LUCENZIO. Señora, ¿progresáis en las lecturas?

BIANCA. Y vos, ¿qué leéis, maestro? Decídmelo primero.

LUCENZIO. Leo lo que profeso, *El arte de amar*.

BIANCA. Ojalá fuerais maestro en tal arte.

LUCENZIO. Mientras vos fuerais la dueña de mi corazón.

[LUCENZIO y BIANCA *hablan aparte.*]

HORTENSIO.

¡Van rápidos, pardiez! Decidme, os lo suplico:
¿no jurasteis que vuestra amada Bianca no amaba a nadie como a Lucenzio?

TRANIO.

¡Ay, cruel amor! ¡Feminidad inconstante!
Os digo, Licio, que esto es extraordinario.

HORTENSIO

No me confundáis más. Yo no soy Licio,
ni el músico que ahora lo aparenta:
aborrezco vivir con tal disfraz
por una que rechaza a un caballero
y convierte en un dios a este miserable.
Sabed, señor, que mi nombre es Hortensio.

TRANIO.

Señor Hortensio, he oído hablar a veces
de vuestro intenso amor por Bianca.
Y, puesto que mis ojos han visto su inconstancia,
yo, junto con vos, si estáis de acuerdo,
rechazaré el amor de Bianca para siempre.

HORTENSIO.

Mirad cómo se besan y cortejan. Lucenzio,
aquí está mi mano; juro firmemente
no cortejarla más y abjurar de ella
por indigna de todos los favores
que le he estado prodigando como un bobo.

TRANIO.

Pues yo también sinceramente juro
que no me casaré con ella, por más que me lo pida.
¡Uf! ¡Ved de qué modo más bestial corteja ella!

HORTENSIO.

¡Ojalá el mundo entero renegara de ella, excepto él!
En cuanto a mí, para cumplir mi juramento,
en tres días me caso con una viuda rica
que me ha venido amando tanto tiempo
como yo a esta rebelde altiva y orgullosa.
Así que adiós, *signior* Lucentio.
La bondad en la mujer y no su bello rostro
conquistará mi amor. Con esto me despido,
resuelto a mantener mi juramento.

[Sale.]

TRANIO.

Señora Bianca, Dios os dé los dones
que a los fieles amantes corresponden.
Dulce amor, os pillé desprevenida,
y os he rechazado a vos y a Hortensio.

BIANCA. Bromeáis, Tranio. ¿Habéis renunciado a mí los dos?

TRANIO. Sí, señora.

BIANCA. ¿Entonces nos hemos librado ya de Licio?

TRANIO.

A fe que sí. Se lleva a una alegre viuda
a la que va a cortejar y desposar en un día.

BIANCA. ¡Que Dios le dé felicidad!

TRANIO. Sí, y él va a domarla.

BIANCA. Eso lo dice él, Tranio.

TRANIO. Vaya, ha ido a la escuela de domar.

BIANCA. ¿La escuela de domar? ¿Existe un sitio así?

TRANIO.

Sí, señora. Y Petruccio es el maestro
que enseña los trucos adecuados
para domar a fierecillas y hechizar su lengua.

Entra BIONDELLO.

BIONDELLO.

¡Oh, amo, amo! He vigilado tanto tiempo
que ahora estoy deshecho, pero he visto
a un viejo ángel custodio bajando por la cuesta
que nos viene a propósito.

TRANIO. ¿Quién es, Biondello?

BIONDELLO.

Un mercader o un maestro, señor.

No lo sé bien; formal en el vestir,
y en andares y aspecto, como un padre.

LUCENZIO. ¿Y qué hacemos con él, Tranio?

BIONDELLO.

Si es crédulo y se fía de mi historia,
le gustará hacerse pasar por Vincenzo
y dará garantías a Battista Minola
como si fuese el auténtico Vincenzo.
Llevaos a vuestro amor; confiad en mí.

[*Salen LUCENZIO y BIANCA.*]

Entra el MAESTRO.

MAESTRO. ¡Dios os guarde, señor!

TRANIO.

Y a vos, señor. Sed bienvenido.
¿Seguiréis viajando o estáis ya al final?

MAESTRO.

Al final para una o dos semanas,
pero luego iré más allá, hasta Roma.
Y luego a Trípoli, si Dios me da vida.

TRANIO. ¿De dónde sois?

MAESTRO. De Mantua.

TRANIO.

¿De Mantua, señor? ¡Dios no lo quiera!
¿Y arriesgáis vuestra vida viniendo a Padua?

MAESTRO. ¿Mi vida? ¡Cómo! Eso es grave.

TRANIO.

Es la muerte para cualquiera de Mantua
que venga aquí, a Padua. ¿No conocéis la causa?
Tenéis los barcos detenidos en Venecia, y el duque,
por disputas entre vuestro duque y él,

lo ha publicado y proclamado abiertamente.
Es extraño... Si no fuera porque apenas
acabáis de llegar, ya lo habrías oído.

MAESTRO.

Ay, señor, pero, para mí, lo peor de todo
es que tengo unas letras de Florencia
que tengo que cobrar aquí, en Padua.

TRANIO.

Mirad, yo puedo hacerlos un favor;
quiero hacerlo y voy a aconsejaros...
Pero antes decidme, ¿habéis estado en Pisa?

MAESTRO.

¿En Pisa? Sí, señor, y varias veces.
Pisa, famosa por sus graves ciudadanos.

TRANIO. ¿Conocéis, entre ellos, a Vincenzo?

MAESTRO.

No lo conozco, pero he oído hablar de él.
Un mercader de riqueza incomparable.

TRANIO.

Es mi padre, señor, y tengo que decirlos
que en su aspecto se parece mucho a vos.

BIONDELLO. [*aparte*] Como un huevo a una castaña, pero da igual.

TRANIO.

Para salvar vuestra vida en este trance
por él os voy a hacer este favor,
y no penséis que es lo peor de vuestra suerte
que os parezcáis tanto a Vincenzo.
Asumiréis su crédito y su nombre
y en mi casa tendréis un amable alojamiento.
Cuidaos de hacer vuestro papel lo mejor que podáis.
Ya me entendéis, señor. Podéis quedaros
hasta haber terminado vuestro asunto en la ciudad.
Si esto es cortesía, aceptadla.

MAESTRO.

Pues la acepto, señor, y os consideraré protector de mi vida y de mi libertad.

TRANIO.

Acompañadme, pues, para cumplirlo.
Entre tanto, os comunico esto:
un día de estos llegará mi padre
a dar la garantía de una dote
para casarme con la hija de un tal Battista.
Ya os informaré bien de todos los detalles;
venid conmigo: os vestiré como conviene.

Salen.

IV.iii. Entran CATALINA y GRUMIO.

GRUMIO. No, no, de veras, no me atrevo.

CATALINA.

Cuanto más me ofende, más se encoleriza.
¿Se casó conmigo para verme hambrienta?
Los pobres que se acercan a la puerta de mi padre,
si le piden limosna, la reciben en el acto
o, si no, se la dan en otro sitio.
Pero yo, que nunca he sabido suplicar
y nunca me ha hecho falta suplicar,
me muero de hambre y me caigo de sueño;
me despiertan con reniegos, me nutren de broncas
y lo que más me enfada que me diga
es que lo hace en nombre del amor,
como si me dijera que dormir o comer
es una enfermedad mortal o bien la muerte súbita.
Te lo suplico, tráeme algo de comer,
lo que sea, mientras sea comida sana.

GRUMIO. ¿Qué os parece un pie de buey?

CATALINA. ¡Formidable! Tráemelo, te lo ruego.

GRUMIO

.
Me temo que es un plato demasiado colérico.
¿Qué decís de unas tripas a la parrilla?

CATALINA. Me gustan mucho. Trámelas, Grumio.

GRUMIO.

No sé; me temo que sean muy coléricas.
¿Qué me decís de ternera con mostaza?

CATALINA. Que es un plato que me encanta comer.

GRUMIO. Sí, pero la mostaza es muy picante.

CATALINA. Pues tráeme la ternera y deja la mostaza.

GRUMIO.

No, eso no. O tomáis la mostaza
o, si no, Grumio no os traerá la carne.

CATALINA. Pues tráeme las dos cosas o lo que tú quieras.

GRUMIO. Pues entonces, mostaza sin carne.

CATALINA. ¡Fuera de aquí, falso, esclavo engañoso!

Le pega.

Me alimentas con los nombres de los platos.
¡Caiga el dolor sobre ti y cuantos, como tú,
se alegran así de mi desgracia!
¡Fuera te digo! ¡Vete!

Entran PETRUCCIO y HORTENSIO con comida.

PETRUCCIO. ¿Cómo está mi Catia? ¡Cómo! ¿Estás hundida?

HORTENSIO. Señora, ¿cómo va todo?

CATALINA. Pues más frío, imposible.

PETRUCCIO.

Levanta el ánimo, mírame con alegría.

Mira qué diligente soy, amor,
que preparo yo mismo la comida y te la traigo.
Estoy seguro, amada Catia, que merezco las gracias.
¡Cómo! ¿No dices nada? Ya veo que no te gusta
y que todo este trabajo ha sido inútil.
¡Eh, llevaos este plato!

CATALINA. Dejadlo aquí, os lo ruego.

PETRUCCIO.

El favor más pequeño se paga con las gracias,
y el mío también, pero antes de comer.

CATALINA. Señor, te doy las gracias.

HORTENSIO.

Muy mal, *signor* Petruccio; es culpa vuestra.
Venga, señora Catia, yo os haré compañía.

PETRUCCIO.

Hortensio, si me aprecias, cómetelo todo.
¡Buen provecho a tu gentil corazón!
Come deprisa, Catia. Ahora, amor mío,
regresaremos a la casa de tu padre
donde celebraremos una fiesta magnífica,
con sombreros y abrigos de seda, con gorgueras,
miriñaques, y anillos de oro, y cosas de esas;
collares de dos vueltas, abanicos y echarpes,
brazales de ámbar, adornos y colgantes.
¿Has comido? El sastre aguarda tu permiso
para adornar tu cuerpo con un tesoro digno.

Entra el SASTRE [con un vestido].

Ven, sastre, muéstrame esos ornamentos.

Entra el MERCERO [con un sombrero].

A ver el vestido. — ¿Qué hay de nuevo?

MERCERO. Señor, aquí traigo el sombrero que encargasteis.

PETRUCCIO

Parece modelado con un tazón de gachas.
Es un tazón de terciopelo. ¡Uf! Es feo y ramplón.
Una concha, una cáscara de nuez,
una bobada, un capricho, una gorra de niño.
¡Fuera con él! ¡Quiero uno más grande!

CATALINA.

Más grande no lo quiero; este está de moda.
Los que llevan las damas son como este.

PETRUCCIO.

Cuando seas más amable, también lo llevarás,
pero no antes.

HORTENSIO. [*aparte*] Tardará lo suyo.

CATALINA.

Señor, supongo que podré hablar,
y voy a hablar. No soy una criatura, ni una niña.
Gente mejor que tú me deja que diga lo que pienso.
Y si tú no me dejas, tápate los oídos.
Mi boca expresará la ira de mi pecho,
pues, si me callo, explotará, pero antes
de que suceda, pienso desahogarme
al máximo con palabras, y a mi gusto.

PETRUCCIO.

Tienes razón: es un vil sombrero,
una empanada, una chuchería, una tortita.
Te quiero aún más por no gustarte.

CATALINA.

Me quieras o no, el sombrero me gusta
y lo tendré o no tendré ninguno.

[*Sale el MERCERO.*]

PETRUCCIO.

¿Y el vestido? Vamos a verlo, sastre.
Dios bendito, ¿ropa de carnaval?

¿Y esto qué es? ¿Una manga? ¡Parece un medio cañón!
¿Y cortado a lo largo como un pastel de manzana?
Lleva tajos, contratajos, tajadas, cuchilladas,
igual que el pebetero de una barbería.
¿Cómo demonios llamas tú a esto, sastre?

HORTENSIO. [*aparte*] No tendrá ni sombrero ni vestido.

SASTRE.

Me encargasteis hacerlo con cuidado y bien,
según la moda del momento.

PETRUCCIO.

Sí, eso dije, pero, si lo recuerdas,
no dije que lo echaras a perder según la moda.
Vete a casa saltando las cunetas,
que a mí me saltarás como cliente.
No lo quiero, haz con él lo que te plazca.

CATALINA.

Jamás vi un vestido mejor cortado,
más elegante, ni más grato y placentero.
¿Me estás tratando como un títere?

PETRUCCIO. Exacto, quiere tratarte como un títere.

SASTRE. Lo que dice es que queréis tratarla como un títere.

PETRUCCIO.

¡Monstruosa arrogancia! ¡Mientes, hilo, dedal,
vara, tres cuartos, media vara, cuarto, pulgada,
pulga, ladilla, grillo de invierno!
¿Me desafías en mi casa con una madeja?
Fuera de aquí, trapo, resto, retal,
o te mediré con tu misma vara
para que no hables más así el resto de tus días.
Te digo que te has cargado su vestido.

SASTRE.

Señor, estáis equivocado. El vestido
está hecho según las instrucciones de mi amo.

Grumio le dijo cómo había que hacerlo.

GRUMIO. Yo no le dije nada. Solo le di el género.

SASTRE. Pero ¿cómo dijisteis que se hiciera?

GRUMIO. Pardiez, señor, con hilo y aguja.

SASTRE. Pero ¿no me mandasteis cortarlo?

GRUMIO. Le has dado muchos cortes.

SASTRE. Es verdad.

PETRUCCIO. Pues a mí no me cortes. Has medido a muchos, pero a mí no me midas. A mí ni se me corta ni se me mide. Te dije que encargué a tu amo que cortara el vestido, pero no a pedazos. *Ergo*, mientes.

SASTRE. Aquí tengo la nota que confirma vuestro encargo.

PETRUCCIO. Léela.

GRUMIO. Esa nota es vil mentira si dice que yo lo dije.

SASTRE. [*leyendo*] «*Imprimis*»: un vestido de cuerpo muy suelto.»

GRUMIO. Amo, si yo le dije «de cuerpo muy suelto», cosedme en las faldas del vestido y matadme a golpes de rodete de hilo oscuro. Solo dije «un vestido».

PETRUCCIO. Continúa.

SASTRE. [*leyendo*] «Con una esclavina redonda.»

GRUMIO. Admito lo de la esclavina.

SASTRE. [*leyendo*] «Con manga ancha.»

GRUMIO. Lo admito, y eran dos mangas.

SASTRE. [*leyendo*] «Las mangas cortadas con primor.»

PETRUCCIO. Sí, ahí está la villanía.

GRUMIO. Es un error de la nota, señor, un error de la nota. Yo encargué que cortaran las mangas para coserlas después.— Y eso puedo demostrarlo contra ti, aunque tengas el dedo meñique armado con un dedal.

SASTRE. Lo que he dicho es la pura verdad y, si estuvieras en tu sitio, te obligaría a reconocerlo.

GRUMIO. Aquí me tienes. Coge la nota, yo la vara de medir, y no te prives.

HORTENSIO. Dios del cielo, Grumio; no le das ventaja.

PETRUCCIO. En resumen, señor: el vestido no es para mí.

GRUMIO. Exacto, señor: es para la señora.

PETRUCCIO. Cógelo y que tu amo lo use a su gusto.

GRUMIO. ¡Granuja, ni por tu vida! ¡Quitarle el vestido a mi ama para dar gusto a tu amo!

PETRUCCIO. Pero, bueno, ¿qué ocurrencia es esta?

GRUMIO.

¡Ah, señor! Es más profunda de lo que pensáis.
¡Quitarle el vestido a mi ama para dar gusto a su amo!
¡Qué vergüenza!

PETRUCCIO. [*aparte*]

Hortensio, ocúpate de pagar el vestido al sastre.—
[A/ SASTRE] Llévatelo de aquí. Vete y a callar.

HORTENSIO.

Sastre, mañana te pagaré el vestido.
No hagas caso de sus duras palabras.
Vete y dale recuerdos a tu amo.

Sale el SASTRE.

PETRUCCIO.

Anda, Catia, vamos a ver a tu padre,

aunque sea con esta ropa tan humilde.
Si es pobre nuestra ropa, nuestra bolsa no,
porque es el alma lo que enriquece al cuerpo;
tal como irrumpe el sol entre nubes oscuras,
así el honor asoma por el hábito más pobre.
¿Vale más el rendajo que la alondra
porque sus plumas sean más bellas?
¿O es mejor la serpiente que la anguila
porque su piel pintada agrada más al ojo?
No, dulce Catia, tú no eres peor
por tus pobres prendas y tu humilde atuendo.
Si te causan vergüenza, échame a mí la culpa.
Así que alégrate. Ahora nos iremos a festejar
y a divertirnos en la casa de tu padre.
[A GRUMIO] Llama a los criados, y vamos ya a verle.
Que lleven los caballos al final de la alameda.
Allí montaremos, y hasta allí iremos a pie.
Vamos a ver: ahora serán las siete;
podríamos llegar a la hora de comer.

CATALINA.

Me atrevo a decirte que son casi las dos;
cuando lleguemos ya será la hora de cenar.

PETRUCCIO.

Serán las siete antes que yo monte a caballo.
Diga lo que diga, haga o piense hacer,
tú siempre me contradices. Dejémoslo, señores:
hoy no me marcharé y, antes que me vaya,
será la hora que yo diga que es.

HORTENSIO. [*aparte*] Vaya, el valiente quiere dar órdenes al sol.

[*Salen.*]

IV.iv. *Entran* TRANIO [*disfrazado de LUCENZIO*] y el MAESTRO [*disfrazado de VINCENZO*].

TRANIO. Señor, esta es la casa. ¿Os place si llamo?

MAESTRO.

¿Por qué no? Si no me engaño,
el *signior* Battista me recordará
de cuando hace veinte años, en Génova,
estábamos de huéspedes en *El Pegaso*.

TRANIO.

De acuerdo, pero comportaos siempre
con la austeridad que corresponde a un padre.

Entra BIONDELLO.

MAESTRO.

Descuidad. Pero ahí está vuestro criado;
no estaría de más darle instrucciones.

TRANIO.

No hay que temer por él.— Eh, tú, Biondello.
Te lo advierto: haz lo que tienes que hacer.
Imagina que él es el verdadero Vincenzo.

BIONDELLO. Bah, no temáis por mí.

TRANIO. ¿Ya has llevado el recado a Battista?

BIONDELLO.

Le he dicho que vuestro padre estaba en Venecia
y que hoy le esperabais en Padua.

TRANIO.

Eres un gran muchacho. Toma, para beber.
Ya se acerca Battista.— Poned cara de padre.

Entran BATTISTA y LUCENZIO [*disfrazado de* CAMBIO].

Bienvenido, *signior* Battista.

[*A*/ MAESTRO] Este es el caballero de quien os hablé.
Ahora os ruego que seáis un buen padre para mí
y me deis a Bianca como patrimonio.

MAESTRO.

Un momento, hijo.
Con vuestra venia, ya que he venido a Padua

a cobrar unas deudas, mi hijo Lucenzio me ha dado a conocer un serio asunto de amor entre él y vuestra hija y, por los buenos informes que tengo de vos, y el amor que él profesa a vuestra hija y ella a él, para no hacerle esperar, como buen padre estoy de acuerdo en que los dos se casen. Y si a vos satisface este arreglo como a mí, me encontraréis dispuesto y preparado, con total consentimiento a esta unión. Con vos no quiero ser muy exigente, *signior* Battista, de quien oigo hablar tan bien.

BATTISTA.

Perdonadme, señor, lo que os voy a decir: vuestra franqueza y brevedad me satisfacen. Es verdad que vuestro hijo Lucenzio quiere a mi hija y ella a él, pues, si no, ambos disimulan muy bien sus sentimientos. Así, pues, si no hay otra cosa que decir y queréis portaros con él como un buen padre, asegurando a Bianca una dote suficiente, la boda ya está hecha y no hay más que decir. Vuestro hijo tendrá a mi hija y mi consentimiento.

TRANIO.

Os lo agradezco, señor. ¿Y qué lugar creéis que es el idóneo para firmar la unión y cuantas garantías ambos aceptemos?

BATTISTA.

Mi casa, no, Lucenzio, pues ya sabéis que las paredes oyen y tengo muchos criados. Además, el viejo Gremio está siempre al acecho y quizás vaya a interrumpirnos.

TRANIO.

Pues, si os complace, en mis aposentos; allí se aloja mi padre, y esta misma noche lo arreglaremos todo bien y a solas.

Mandad a este criado que traiga a vuestra hija y mi mozo traerá enseguida a un escribano. Lo malo es que así, con tan poca antelación, la cena será pobre y muy menguada.

BATTISTA.

Me parece muy bien. Cambio, vete a casa y dile a Blanca que se prepare ya.

Si quieres, cuéntale lo que hace al caso: que el padre de Lucenzio ha llegado a Padua y que ella podría ser la esposa de Lucenzio.

[*Sale LUCENZIO.*]

BIONDELLO. Quieran los dioses que lo sea.

TRANIO.

Deja en paz a los dioses y apresúrate.

[*Sale BIONDELLO.*]

Signior Battista, ¿queréis acompañarme? Bienvenido. Quizá tengáis un solo plato. Vamos, señor, en Pisa lo mejoraremos.

BATTISTA. Os acompaño.

Salen [TRANIO, el MAESTRO y BATTISTA.]

Entran LUCENZIO [disfrazado de CAMBIO] y BIONDELLO.

BIONDELLO. ¡Cambio!

LUCENZIO. ¿Qué quieres, Biondello?

BIONDELLO. ¿Has visto que mi amo te guiñaba el ojo y sonreía?

LUCENZIO. ¿Y qué, Biondello?

BIONDELLO. Pues, nada, pero me ha dejado aquí para que os explique el sentido o la moral de sus signos y señales.

LUCENZIO. Explícate.

BIONDELLO. Mirad, Battista está al tanto, hablando con el padre fingido de un hijo tramposo.

LUCENZIO. ¿Y entonces?

BIONDELLO. Tenéis que llevar a su hija a cenar.

LUCENZIO. ¿Y después?

BIONDELLO. El viejo cura de la iglesia de San Lucas está a vuestra disposición a cualquier hora.

LUCENZIO. Y todo eso ¿qué significa?

BIONDELLO. Yo solo sé que están ocupados con unas garantías falsas. Aseguraos la garantía de ella, *cum privilegio ad imprimendum solum*. Id a la iglesia, llevaos al cura, al escribano y a suficientes testigos. Si esto no es lo que queréis, no tengo más que decir, excepto que os despedáis de Bianca para siempre.

LUCENZIO. Escucha, Biondello...

BIONDELLO. No puedo quedarme. Conocí a una muchacha que se casó una tarde en que iba al huerto a coger perejil para el relleno de un conejo. Vos podéis hacer lo mismo, señor; y ahora, adiós. Mi amo me ha dicho que vaya a la iglesia de San Lucas a decirle al cura que se prepare para cuando lleguéis con vuestra costilla.

Sale.

LUCENZIO.

Puedo y voy a hacerlo, si a ella le complace.

Le gustará, no sé por qué lo dudo.

Pase lo que pase, me acercaré a ella.

Seguro que Cambio no se irá sin ella.

Sale.

IV.v. Entran PETRUCCIO, CATALINA, HORTENSIO [*y criados*].

PETRUCCIO.

Venga, por Dios, otra vez a casa de tu padre.
¡Señor, qué clara y reluciente está la luna!

CATALINA. ¿La luna? Es el sol. No hay luna ahora.

PETRUCCIO. Yo digo que es la luna lo que brilla.

CATALINA. Y yo sé que es el sol lo que ahora brilla.

PETRUCCIO.

Pues por el hijo de mi madre, que soy yo,
que ha de ser luna o estrella, o lo que me plazca,
o no sigo el camino a casa de tu padre.
[A los criados] Vamos, media vuelta a los caballos.—
Siempre me contradices, siempre contradiciéndome.

HORTENSIO. [a CATALINA] Decid lo que él diga o nunca iremos.

CATALINA.

Adelante, os lo ruego, ya que hasta aquí llegamos,
y que sea luna, o sol, o lo que más te guste.
Si te place decir que es una vela,
te juro que desde ahora ha de serlo para mí.

PETRUCCIO. Yo digo que es la luna.

CATALINA. Sí, es la luna; lo sé.

PETRUCCIO.

Entonces mientes. Es el bendito sol.
Entonces, Dios bendito, es el bendito sol.
Pero no el sol, si dices que no lo es,
y la luna es cambiante como tu ánimo.
Como quieras llamarla, eso sea,
y eso será también para Catalina.

HORTENSIO. [aparte] Adelante, Petruccio, la victoria es tuya.

PETRUCCIO.

Venga, pues, adelante. Que ruede así la bola
y que no se desvíe por mala suerte.
Pero, ¡alto! Tenemos compañía.

Entra VINCENZO.

[A VINCENZO] Gentil señora, buenos días. ¿Dónde vais?

[A CATALINA] Di, dulce Catia, y sé sincera,
¿has visto alguna vez una dama tan radiante?
¡Qué combate de blanco y rojo en sus mejillas!
¿Qué estrellas brillan en el cielo con tanta belleza
como ese par de ojos adorna su rostro celestial?

[A VINCENZO] Bella señora, una vez más, muy buenos días.
Querida Catia, abrázala por su gran belleza.

HORTENSIO. [*aparte*] Lo volverá loco, convirtiéndolo en mujer.

CATALINA.

Joven virgen en flor, bella, fresca y dulce,
¿adónde vais? ¿Dónde vivís?
Dichosos los padres de una hija tan bella,
y más dichoso el hombre a quien los astros
te destinen para compartir el lecho.

PETRUCCIO.

Pero, ¿qué es esto, Catia? Espero que no estés loca.
Este es un hombre viejo, marchito y arrugado,
y no una virgen, como dices que es.

CATALINA.

Abuelo, perdonad la confusión de mis ojos,
a los que el sol tanto ha deslumbrado.
Me doy cuenta de que sois un padre respetable.
Perdonad, os lo ruego, mi loca confusión.

PETRUCCIO.

Sí, perdonadla, buen anciano y, entre tanto,
hacednos saber adónde vais. Si venís
con nosotros, nos alegrará vuestra compañía.

VINCENZO.

Noble señor, y vos, alegre dama,
que con vuestras palabras tanto me asombráis,
me llamo Vincenzo, vivo en Pisa,

y ahora voy a Padua a visitar a mi hijo,
a quien no veo desde hace mucho tiempo.

PETRUCCIO. ¿Cómo se llama?

VINCENZO. Lucenzio, gentil señor.

PETRUCCIO.

¡Qué suerte encontraros y más para vuestro hijo!
Ahora por ley y por vuestra venerable edad
os puedo llamar amado padre.

La hermana de mi esposa, esta noble señora,
ya debe estar casada con vuestro hijo. No os sorprendáis
ni os aflijáis; es una dama de alta estima,
rica dote e ilustre nacimiento
y, además, con tantas otras cualidades,
como para casarse con cualquier noble.
Dejad que os abrace, viejo Vincenzo; juntos
viajaremos para ver a vuestro hijo,
que estará contentísimo de veros.

VINCENZO.

¿Es verdad eso o solo queréis divertirnos
como graciosos viajeros y gastáis una broma
a los que os encontráis por el camino?

HORTENSIO. Es la pura verdad, os lo aseguro.

PETRUCCIO.

Ea, venid con nosotros y lo comprobareis.
Nuestra primera broma os ha hecho sospechar.

Salen [todos, menos HORTENSIO].

HORTENSIO.

Bueno, Petruccio, esto me da ánimos.
Yo me voy con mi viuda. Si tiene el humor agrio,
tú ya me has enseñado a ser autoritario.

Sale.

Acto V

Escena i

Entra GREMIO aparte. Después entran BIONDELLO, LUCENZIO y BIANCA.

BIONDELLO. Deprisa y callados, señor; el cura ya está listo.

LUCENZIO. Voy volando, Biondello; pero podrían necesitarte en casa, así que déjanos.

Sale [con BIANCA].

BIONDELLO. A fe que no; os acompañaré hasta la iglesia. Después ya volveré con mi amo en cuanto pueda.

[Sale.]

GREMIO. Me extraña que Cambio aún no esté aquí.

Entran PETRUCCIO, CATALINA, VINCENZO, GRUMIO y acompañamiento.

PETRUCCIO.

Señor, esta es la puerta, y esta es la casa de Lucenzio.
La de mi suegro está más cerca de la plaza.
Yo iré allí, y aquí os dejo, señor.

VINCENZO.

No podéis rechazar una copa antes de iros.
Sé que os vais a sentir a gusto aquí,
y creo que la fiesta ya ha empezado.

Llama a la puerta.

GREMIO. Están muy ocupados dentro, llamad más fuerte.

El PROFESOR se asoma a la ventana.

PROFESOR

. ¿Quién llama como si quisiera echar la puerta abajo?

VINCENZO. ¿Está el *signior* Lucenzio, señor?

PROFESOR. Está, señor, pero no se puede hablar con él.

VINCENZO. ¿Y si alguien le trajera cien o doscientas libras para darle alegría?

PROFESOR. Guardad vuestras cien libras. Mientras yo viva no ha de faltarle nada.

PETRUCCIO. Bueno, ya os he dicho que vuestro hijo es muy querido aquí, en Padua. ¿Me habéis oído, señor? Dejando aparte los asuntos triviales, os ruego que digáis al *signior* Lucenzio que su padre ha llegado de Pisa y que está aquí ante esta puerta para hablar con él.

PROFESOR. ¡Mentira! Su padre ya llegó a Padua y está aquí asomado a la ventana.

VINCENZO. ¿Eres tú el padre?

PROFESOR. Sí, señor, eso es lo que dice su madre, si puedo creerla.

PETRUCCIO. [a VINCENZO] ¡Venga, señor! Usurpar un nombre ajeno es una granujada.

PROFESOR. ¡Detened al malhechor! Creo que quiere engañar a alguien de la ciudad valiéndose de mi nombre.

Entra BIONDELLO.

BIONDELLO. Los he visto juntos en la iglesia. Que Dios les dé ventura. Pero ¿quién está ahí? ¡Mi viejo amo Vincenzo! ¡Estamos perdidos y arruinados!

VINCENZO. ¡Ven aquí, carne de horca!

BIONDELLO. Será si quiero, señor.

VINCENZO. Ven aquí, pícaro. ¿Ya te has olvidado de mí?

BIONDELLO. ¿Olvidarme de vos? ¡Qué va, señor! No puedo olvidarme de

vos porque no os he visto en mi vida.

VINCENZO. Pero ¿qué dices, canalla redomado? ¿No has visto nunca al padre de tu amo, a Vincenzo?

BIONDELLO. ¿A quién? ¿A mi viejo y venerable amo? Sí, pardiez. Vedlo ahí, asomado a la ventana.

VINCENZO. ¿De veras?

Le pega a BIONDELLO.

BIONDELLO. ¡Socorro, socorro, socorro! Aquí hay un loco que quiere matarme.

[*Sale.*]

PROFESOR. ¡Socorro, hijo! ¡Socorro, *signior* Battista!

[*Se retira de la ventana.*]

PETRUCCIO.

Te lo ruego, Catia, pongámonos a un lado a ver cómo acaba la disputa.

Entra el PROFESOR [por abajo], con CRIADOS, BATTISTA y TRANIO.

TRANIO. Señor, ¿quién sois que queréis pegar a mi criado?

VINCENZO. ¿Que quién soy? No, ¿quién sois vos? ¡Oh, dioses inmortales! ¡Oh, apuesto granuja! ¡Jubón de seda, calzas de terciopelo, capa escarlata y sombrero en punta! ¡Estoy perdido, estoy perdido! Mientras hago de buen esposo en casa, mi hijo y mi criado se lo gastan todo en la universidad.

TRANIO. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

BATTISTA. Pero ¿este hombre es un lunático?

TRANIO. Señor, tenéis el aspecto de un anciano y sabio caballero, pero vuestras palabras son las de un loco. A ver, señor, ¿qué os importa, señor, que yo lleve perlas y oro? Si me lo puedo permitir es gracias a mi buen padre.

VINCENZO. ¿A tu padre, canalla? ¡Si es un tejedor de telas en Bérghamo!

PETRUCCIO. Os equivocáis, señor, os equivocáis. ¿Cómo se llama, según vos?

VINCENZO. ¿Que cómo se llama? ¡Como si yo no lo supiera! Lo he criado desde que tenía tres años. Se llama Tranio.

PROFESOR. ¡Vamos, vamos, asno loco! Se llama Lucenzio; es mi único hijo, y heredero de todas mis tierras, *signior* Vincenzo.

VINCENZO. ¿Lucenzio? ¡Oh, ha asesinado a su amo! ¡Que no se escape, os lo ordeno en nombre del duque! ¡Ay, hijo mío, hijo mío! Dime, granuja, ¿dónde está mi hijo Lucenzio?

TRANIO. Llamad a un alguacil.

[*Entra un ALGUACIL.*]

Llevaos a este loco furioso a la cárcel. Padre Battista, os encargo que se le procese rápido.

VINCENZO. ¿Yo a la cárcel?

GREMIO. ¡Quieto, guardia! Este hombre no va a la cárcel.

BATTISTA. ¡Callaos, *signior* Gremio! Yo digo que va a la cárcel.

GREMIO. Cuidado, *signior* Battista; no os dejéis engañar en este asunto. Yo juraría que es el verdadero Vincenzo.

PROFESOR. Júralo si te atreves.

GREMIO. No, no me atrevo.

TRANIO. También podrías decir que yo no soy Lucenzio.

GREMIO. Sí, yo sé que eres el *signior* Lucenzio.

BATTISTA. Llevaos a este loco. ¡A la cárcel con él!

Entran BIONDELLO, LUCENZIO y BIANCA.

VINCENZO. ¿Es así como se insulta y maltrata a los forasteros?
¡Monstruoso granuja!

BIONDELLO. ¡Ay, estamos perdidos! Ahí está. Negadlo, abjurad de él. Si no, estamos perdidos.

Salen BIONDELLO, TRANIO y el PROFESOR, tan deprisa como pueden.

LUCENZIO. [*de rodillas*] Perdón, querido padre.

VINCENZO. Querido hijo, ¿estás vivo?

BIANCA. Perdón, querido padre.

BATTISTA. ¿En qué me has faltado? ¿Dónde está Lucenzio?

LUCENZIO.

Aquí está Lucenzio. Yo soy
el verdadero hijo del verdadero Vincenzo
y he hecho mía en matrimonio a vuestra hija,
mientras unos impostores os cegaban los ojos.

GREMIO. Está claro: una conjura para engañarnos a todos.

VINCENZO.

¿Dónde está ese canalla redomado, Tranio,
que ha osado desafiarme de ese modo?

BATTISTA. Pero ¿qué pasa? ¿Es que este no es Cambio?

BIANCA. Cambio se ha cambiado en Lucenzio.

LUCENZIO.

Milagros del amor. Fue el amor de Bianca
lo que me transformó en Tranio, mientras él
representaba mi papel en la ciudad.
Y, al fin, he llegado felizmente
al puerto deseado de mi dicha.
Lo que Tranio ha hecho, yo le obligué a hacerlo.
Perdonadle por mí, querido padre.

VINCENZO

. Le cortaré la nariz al que quería encarcelarme.

BATTISTA. Oídme, señor. ¿Os habéis casado con mi hija sin mi consentimiento?

VINCENZO. No temáis, Battista. Os recompensaremos. ¡Venga! Pero yo quiero vengarme de esta granujada.

Sale.

BATTISTA. Y yo medir el calado de esta bribonada.

Sale.

LUCENZIO. No palidezcas, Bianca. Tu padre no se enfadará.

Salen [LUCENZIO y BIANCA].

GREMIO.

Se fue todo al garete, pero entraré con ellos:
mi única esperanza es compartir festejo.

[Sale.]

CATALINA. Marido, sigámosles para saber cómo termina el lío.

PETRUCCIO. Primero un beso, Catia, y luego entramos.

CATALINA. ¿Aquí, en medio de la calle?

PETRUCCIO. ¿Te avergüenzas de mí?

CATALINA. Dios no lo quiera. Es el beso lo que me da vergüenza.

PETRUCCIO. Pues entonces, volvamos a casa.— Venga, mozo, a casa.

CATALINA. No, te doy el beso. Te lo ruego, amor, quédate.

PETRUCCIO.

¿Ves, Catia, qué bonito? Acércate, criatura.
Una vez, aunque tarde, siempre es mejor que nunca.

Salen.

V.ii. *Entran* BATTISTA, VINCENZO, GREMIO, *el* PROFESOR, LUCENZIO y BIANCA [PETRUCCIO, CATALINA y HORTENSIO], TRANIO, BIONDELLO, GRUMIO y *la* VIUDA. *Los* CRIADOS *con* TRANIO *traen* dulces y bebidas.

LUCENZIO.

Por fin, y aunque tarde, concuerdan las discordias,
y ya ha llegado el tiempo de terminar la guerra
y sonreír por la huida de peligros pasados.

Mi bella Bianca, acoge a mi padre
y yo acogeré al tuyo con un afecto igual.

Hermano Petruccio, hermana Catalina,
y tú, Hortensio, con tu tierna viuda,
gozad con lo mejor y bienvenidos.

Que este refrigerio nos colme el apetito
después del gran banquete. Os lo ruego, sentaos,
porque ahora hablaremos, además de comer.

PETRUCCIO. ¡No hacemos más que sentarnos y comer y comer!

BATTISTA. Padua ofrece estas bondades, buen Petruccio.

PETRUCCIO. Padua solo ofrece lo que es bueno.

HORTENSIO. Ojalá sea así, para tu bien y el mío.

PETRUCCIO. Parece que hay temor entre Hortensio y su viuda.

VIUDA. Pues él no me asusta, os lo aseguro.

PETRUCCIO.

Sois despierta, pero no me habéis entendido;
quise decir que Hortensio tiene miedo de vos.

VIUDA. Quien se maree cree que el mundo da vueltas.

PETRUCCIO. Respuesta redonda.

CATALINA. Y eso, señora, ¿qué significa?

VIUDA. Lo que él me hace concebir.

PETRUCCIO. ¿Que yo os hago concebir? ¿Qué te parece, Hortensio?

HORTENSIO. Mi viuda dice que así es como lo entiende.

PETRUCCIO. Buena respuesta. Dadle un beso, buena viuda.

CATALINA.

«Quien se marea cree que el mundo da vueltas.»

Os lo ruego: decidme qué sentido tiene esto.

VIUDA.

Como a vuestro esposo le incordia una fiera,

mide los disgustos del mío con sus penas.

Ahora ya sabéis el sentido.

CATALINA. Un sentido sin sentido.

VIUDA. Exacto: vos no lo sentís.

CATALINA. Comparada conmigo, vos no lo medís.

PETRUCCIO. ¡A ella, Catia!

HORTENSIO. ¡A ella, viuda!

PETRUCCIO. Cien marcos a que mi Catalina la tumba.

HORTENSIO. Eso entra en mis funciones.

PETRUCCIO. Hablas como un funcionario. ¡A tu salud, muchacho!

Bebe a la salud de HORTENSIO.

BATTISTA. ¿Qué dice Gremio de estos ingeniosos?

GREMIO. Pues creedme, señor: se hacen frente muy bien.

BATTISTA.

Frente y cabeza. Un chistoso diría

que en ambas pueden crecer cuernos.

VINCENZO. ¡Eh, señora novia! ¿Te ha despertado eso?

BIANCA. Sí, pero no me ha asustado. Volveré a dormirme.

PETRUCCIO.

No, nada de eso. Ya que has empezado, prepárate para una buena broma.

BIANCA.

¿Soy vuestra presa? Pues saltaré a otro matorral y tendréis que seguirme mientras tensáis el arco. Bienvenidos todos.

Sale BIANCA [con CATALINA y la VIUDA].

PETRUCCIO.

Se me ha escapado. Tranio, esta es la presa a la que apuntaste y no le diste. Un brindis por todos los que yerran el tiro.

TRANIO.

Lucenzio me soltó como si fuera su lebrel, que corre y le trae la pieza al amo.

PETRUCCIO. Un símil eficaz, pero un poco perruno.

TRANIO.

Estuvo bien, señor, cazar por vuestra cuenta, aunque se dice que vuestra cierva se os resiste.

BATTISTA. ¡Oh, Petruccio! Parece que te disparan, ¿eh?

LUCENZIO. Gracias por el tiro, buen Tranio.

HORTENSIO. Admítelo. ¿A que te ha herido?

PETRUCCIO.

Admito que me ha hecho un rasguño, pero como la flecha ha rebotado en mí, diez contra uno a que os ha herido a los dos.

BATTISTA.

Ahora en serio, Petruccio, hijo:

creo que te has llevado a la más fiera.

PETRUCCIO.

Pues os diré que no. Y para demostrároslo, que cada uno de nosotros mande llamar a su mujer, y quien tenga la mujer más obediente y venga aquí en cuanto se la llame, ganará la apuesta que ahora propondremos.

HORTENSIO. De acuerdo. ¿Cuánto apostamos?

LUCENZIO. Veinte coronas.

PETRUCCIO.

¿Veinte coronas? Eso lo apostaría por mi halcón o mi perro, pero por mi esposa tengo que apostar veinte veces más.

LUCENZIO. Pues cien.

HORTENSIO. De acuerdo.

PETRUCCIO. Trato hecho.

HORTENSIO. ¿Quién empieza?

LUCENZIO.

Yo mismo. Tú, Biondello, ve y dile a tu ama que venga conmigo.

BIONDELLO. Ya voy.

Sale.

BATTISTA. Hijo, iré a medias contigo a que viene Bianca.

PETRUCCIO. No, no quiero ir a medias. Lo quiero todo.

Entra BIONDELLO.

Bueno, ¿qué dice?

BIONDELLO.

Señor, mi señora me manda que os diga que está ocupada y no puede venir.

PETRUCCIO.

¿Cómo? ¿Que está ocupada y no puede venir?
¿Es eso una repuesta?

GREMIO.

Sí, y una respuesta amable. Quiera Dios que vuestra esposa no diga algo peor.

PETRUCCIO. Yo espero que será mejor.

HORTENSIO.

Tú, Biondello, ve a rogar a mi mujer que venga aquí conmigo ahora mismo.

Sale BIONDELLO.

PETRUCCIO. ¡Ajá! ¡Rogar! Entonces sí que va a venir.

HORTENSIO.

Petruccio, me temo que la tuya no vendrá ni rogándole.

Entra BIONDELLO.

Bueno, ¿dónde está mi esposa?

BIONDELLO.

Dice que lleváis entre manos una broma, y que no vendrá. Dice que vayáis vos con ella.

PETRUCCIO.

Mucho peor: no quiere. ¡Qué vergüenza! Esto es intolerable, insoportable.
¡Eh, tú, Grumio! Anda y dile a tu señora que le ordeno que venga aquí conmigo.

Sale [GRUMIO].

HORTENSIO. Ya sé lo que dirá.

PETRUCCIO. ¿Qué?

HORTENSIO. Que no quiere venir.

PETRUCCIO. Pues mala suerte para mí y nada más.

Entra CATALINA.

BATTISTA. ¡Virgen Santa! ¡Viene Catalina!

CATALINA. ¿Qué deseas, esposo, que me mandas venir?

PETRUCCIO. ¿Dónde están tu hermana y la esposa de Hortensio?

CATALINA. Hablando junto al fuego, en el salón.

PETRUCCIO.

Ve y tráelas aquí. Si se niegan a venir,
oblígalas a palos a venir con sus maridos.
¡Fuera, digo, y tráelas al instante!

[Sale CATALINA.]

LUCENZIO. Si habláis de prodigios, este es uno.

HORTENSIO. Lo es, y me pregunto qué presagia.

PETRUCCIO.

Pardiez, paz, amor y una vida tranquila,
obediencia respetuosa y justa autoridad;
en resumen, todo lo que es bueno y feliz.

BATTISTA.

Muy bien, pues que seas muy feliz, Petruccio.
Has ganado la apuesta. Y yo quiero añadir
a lo que estos han perdido veinte mil coronas
como una nueva dote para una nueva hija,
pues se ha transformado como no lo habría hecho nunca.

PETRUCCIO.

Aún quiero ganar mejor la apuesta
y mostraros más señales de obediencia:

su nueva virtud y sólida obediencia.

Entran CATALINA, BIANCA y la VIUDA.

Mirad: vuelve con vuestras tercas esposas;
las trae prisioneras de su persuasión femenina.
Catalina, ese gorro que llevas no te queda bien.
¡Fuera con esa monería y pisotéala!

[CATALINA *obedece.*]

VIUDA.

Señor, dadme una causa para lamentarme
antes que obligarme a hacer algo así.

BIANCA. ¡Uf! ¿Cómo llamáis a esta necia sumisión?

LUCENZIO.

¡Ojalá tu sumisión fuese igual de necia!
La sensatez de la tuya, mi querida Bianca,
me ha costado cien coronas desde la hora de la cena.

BIANCA. ¡Más necio tú por haber apostado!

PETRUCCIO.

Catalina, te ordeno que enseñes a estas obstinadas
qué obediencia deben a sus señores maridos.

VIUDA. Venga, basta de bromas. No queremos lecciones.

PETRUCCIO. Venga, adelante. Y empieza con ella.

VIUDA. No lo hará.

PETRUCCIO. Y yo digo que sí. Empieza con ella.

CATALINA.

¡Vergüenza! Allana ese rostro hostil y amenazante,
y no lances miradas despectivas para herir
a tu señor, tu rey, tu dirigente:
manchan tu belleza como la helada los prados,
destruyen tu fama como el vendaval los brotes

y en ningún sentido es amable ni apropiado.
Una mujer airada es como el agua turbia,
fangosa, fea, espesa, privada de belleza,
y, mientras está así, nadie, seco o sediento,
se dignará sorber o tocar ni una gota.
Tu marido es tu señor, tu vida, tu guardián,
tu cabeza y tu rey, alguien que te cuida
y te mantiene, que expone su cuerpo
a fatigas dolorosas por mar y por tierra,
que vela de noche en la tormenta y de día con el frío,
mientras tú en casa estás caliente, segura y en paz,
y de tus manos no pide más tributo
que amor, buenas miradas y sincera obediencia,
un precio muy bajo para una deuda tan grande.
La obediencia que el súbdito debe a su príncipe
es la que una esposa debe a su marido.
Y cuando es rebelde, terca, hosca y agria
y no obedece a su recta voluntad,
¿qué es sino una vil, rebelde y obstinada
y una impía traidora a su tierno señor?
Me sonroja que las mujeres sean tan simples
al dar guerra cuando deben pedir paz arrodilladas,
o al buscar el mando, la supremacía y el dominio
cuando están destinadas a servir, amar y obedecer.
¿Para qué son nuestros cuerpos blandos, débiles, suaves,
incapaces de bregar y luchar en este mundo,
sino para que nuestra dulzura y sentimiento
concuermen y armonicen con nuestro aspecto externo?
Vamos, lombrices osadas e impotentes,
mi carácter ha sido tan rebelde como el vuestro,
mi ánimo más fuerte, mi juicio tal vez más,
para pagar el mal humor con mal humor,
pero ahora veo que nuestras lanzas son de paja,
que nuestra fuerza es débil y nuestra debilidad
hace que, cuanto más aparentamos, menos somos.
Rebajad, pues, los humos, que no pueden servirlos,
y poned vuestras manos a los pies del marido;
en virtud de lo cual, si a él le parece justo,
mi mano está siempre dispuesta a darle gusto.

PETRUCCIO

. ¡Esto es una mujer! Ven y bésame, Catia,

LUCENZIO. Buen trabajo, muchacho. Has ganado.

VINCENZO. Gusta oír a los niños complacientes.

LUCENZIO. Pero no a la mujer desobediente.

PETRUCCIO.

Ven, Catia, vamos a acostarnos.

Si somos tres casados, hay dos que estáis cascados.

[A LUCENZIO] Gané la apuesta, aunque tú diste en la diana.

Que tengas buenas noches; te las desea el que gana.

Sale PETRUCCIO [*con* CATALINA].

HORTENSIO. Pues muy bien, adelante. Has domado a una fiera.

LUCENZIO. Perdonad, el milagro es que ella consintiera.

[*Salen.*]

William Shakespeare



William Shakespeare (Stratford-upon-Avon, c. 26 de abril de 1564 - 23 de abril de 1616) fue un dramaturgo, poeta y actor inglés. Conocido en ocasiones como el Bardo de Avon (o simplemente el Bardo), Shakespeare es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal.

William Shakespeare (también deletreado Shakspeare, Shaksper y Shakespeare, porque la ortografía en tiempos isabelinos no era ni fija ni absoluta) nació en Stratford-upon-Avon, en abril de 1564. Fue el tercero

de los ocho hijos que tuvieron John Shakespeare, un próspero comerciante que llegó a alcanzar una destacada posición en el municipio, y Mary Arden, que descendía de una familia de abolengo.